

En el corazón de la zona gris
Una lectura etnográfica de los campos de Auschwitz

Paz Moreno Feliu

E D I T O R I A L T R O T T A

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Antropología

© Editorial Trotta, S.A., 2010
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Paz Moreno Feliu, 2010

ISBN (edición digital epub): 978-84-9879-138-9

UN CONOCIMIENTO VENENOSO

«Cuando en 1964 en Fráncfort comenzó el gran proceso de Auschwitz, escribí, tras veinte años de silencio, el primer ensayo sobre mis experiencias en el Tercer Reich. Al principio no pensé en una continuación; sólo quería aclararme sobre un problema particular: el de la situación del intelectual en el campo de concentración. Pero cuando ya estaba redactado este trabajo advertí que no podía despachar la cuestión Auschwitz. Pero ¿cómo había llegado a tal lugar? ¿Qué había sucedido antes, qué debía ocurrir después, dónde me encuentro hoy?

[...] Entrelazando el género de la confesión y el de la meditación lo gré investigar o, si se prefiere, describir la condición de víctima.»

J. Améry, *At the mind's limit*, prólogo a la 1.^a edición de 1966

«Manjit me enseñó que otras formas de violencia, tales como la de los disturbios de la Partición, eran de tal calibre que resultaba imposible expresarlas en términos culturales. Me enseñó que se podían usar palabras para describirla, pero ‘era como si todo contacto con esas palabras, por tanto con la vida misma, se hubiese incendiado o entumecido’. Manjit también me enseñó que existe una profunda energía moral en negarse a volver a mostrar las violaciones del cuerpo humano. Al transmitirme su dolor, me enseñó que redimir su vida de las violaciones que había sufrido, exigía un compromiso para toda la vida con un conocimiento venenoso. Al digerir este veneno, ocupándose de los actos de la vida corriente, logró enseñarme a respetar los límites entre la palabra y la exhibición.»

Veena Das, *Life and Words*

LAS MEMORIAS COMO TEXTOS ETNOGRÁFICOS

Si bien las memorias de los supervivientes son las fuentes fundamentales de nuestra reconstrucción etnográfica, nos hemos servido también de otros textos, archivos y registros, que podemos agrupar en las siguientes categorías:

Escritos de la época. Las condiciones de vida en los campos hicieron imposible la existencia de diarios o registros similares que nos hubiesen evitado el problema de los testimonios retrospectivos. Sin embargo, algunos trabajadores del crematorio, los llamados *Sonderkommandos*, lograron enterrar en las zonas colindantes algunos escritos sobre lo que ocurría en las cámaras, que se encontraron y publicaron tras la liberación de los campos (Mark, 1985; Manuscripts, 1992; Cohen, 1990).

Descripciones generales de la vida en los campos escritas por internos, a menudo detenidos políticos con formación académica, que habían tenido acceso a los datos de los registros burocráticos nazis. Tal vez, su patrón narrativo, *informe objetivo* en tercera persona, sea el motivo de que se haya producido una sinergia entre estas obras y las de ciertos historiadores o publicaciones de instituciones académicas. Pertenecerían a esta categoría el libro colectivo publicado por los deportados de la Universidad de Estrasburgo (1945), las tesis doctorales sobre enfermedades físicas y mentales en los campos, escritas por médicos que habían trabajado en los hospitales cuando eran prisioneros, u otras obras de carácter general, como las monografías de Kogon, Antelme o Rousset, así como la de nuestra antropóloga, antigua prisionera de Ravensbrück, Germaine Tillion.

Testimonios judiciales realizados por testigos presenciales que, con suerte desigual, comparecieron en los distintos juicios.

Obras de académicos, entre los que, a veces, se incluyen antiguos deportados, de fundaciones o de periodistas en las que la iniciativa para recoger el testimonio, a menudo oral-grabado, de un grupo de personas supervivientes, proviene de investigadores profesionales, como pueda ser, por ejemplo, todo el proyecto Fortunoff de la Universidad de Yale o las monografías sobre aspectos particulares del campo, como, por ejemplo, las numerosas reconstrucciones sobre los hospitales, sobre la administración burocrática y las reminiscencias de los antiguos internos que se ocupaban de ella, o sobre la fábrica de armamentos de Auschwitz (Shelley, 1991, 1992).

Finalmente contamos con un número muy alto de *memorias de supervivientes*, escritas a lo largo del siglo XX, con o sin ayuda de un escritor profesional, a las que podríamos añadir las escasísimas escritas por funcionarios nacionalsocialistas que desempeñaron distintas tareas en los campos, como puedan ser las del antiguo director de Auschwitz, Höss, o las reminiscencias de P. Board y otros (1978). Aunque utilizaremos materiales pertenecientes a las cinco categorías enumeradas, nuestra fuente principal son las memorias escritas por antiguos prisioneros.

Los problemas técnicos a los que nos enfrentaremos (son textos escritos, por tanto fijos; pero que pueden revisarse al hacer nuevas edi-

ciones), a veces, son familiares a otras etnografías, como puedan ser, por ejemplo, los relativos a la codificación social del pasado y sus interpretaciones y transformaciones en el presente; el proceso, paralelo al de cualquier antropólogo de campo, de escoger historias de vida en función de la relevancia social que les otorga el propio investigador; la transformación de las entrevistas en transcripciones escritas (ya fijas como nuestros textos) y las dificultades para tener en cuenta la distancia que media entre el discurso oral original y su formulación escrita en una monografía; las versiones distintas y, a veces, discrepantes o incoherentes de un mismo suceso, etc. (Fabian, 1992; Long, 1992).

En nuestra lectura múltiple de las memorias, el análisis del texto ha precedido a su uso como documento etnográfico (Toolan, 1988). El tratamiento posterior ha consistido en problematizar las memorias desde una doble perspectiva:

Por una parte, indagar qué límites tienen estos documentos desde una perspectiva textual y, por otra, cómo se establecen las relaciones entre la narrativa (técnicas textuales) y la *story/plot* (los sucesos narrados), de forma que podamos interpretar el sentido de su registro (Krieger, 1987; Genette, 1988; Reis y Lopes, 1996). Un aspecto importante ha sido averiguar en cada caso cómo y en qué contexto se ha establecido la dialéctica pasado/presente, dado que las memorias, como es evidente, son retrospectivas¹.

Por otra parte, los datos obtenidos de las memorias los hemos reformulado mediante una lectura sistemática basada en el agrupamiento en racimos de problemas comunes que hemos considerado pertinentes a partir de la comparación de distintas memorias y del entramado en que insertan los sucesos que narran, ya sean los monótonos y cotidianos, ya los destacados por varios memorialistas como extraordinarios. Esto nos ha permitido establecer un nivel intermedio, que no es ni el de los narradores ni el de los sucesos externos, con el fin de crear, a partir de ambos, la voz de la propia investigación y, al tiempo, mantener la gran variedad de versiones e interpretaciones que los distintos memorialistas dan de los sucesos.

1. Dado que todas las memorias narran unos sucesos ocurridos en un tiempo ya inexistente cuando se escriben, la dialéctica pasado-presente domina toda la reconstrucción e impregna la investigación, independientemente de las técnicas (orales o escritas) en las que se base, como muestran a las claras tanto nuestro estudio de las memorias escritas, como los trabajos del proyecto Fortunoff de la Universidad de Yale (Langer, 1988; Hartman, 1995; Rothberg y Stark, 2003), o incluso las sesiones con víctimas de diversos campos, enmarcadas en el proyecto de entrevistas video-grabadas de Spielberg, en una de cuyas sedes mundiales, Toronto, sus organizadores me permitieron asistir a varios encuentros con supervivientes húngaros. Las entrevistas orales o video-grabadas (Baer, 2005) tienen problemas técnicos distintos al análisis de las memorias escritas, pero los problemas de la temporalidad no desaparecen en ninguna situación.

En realidad esta voz intermedia que sistematiza las versiones y sus divergencias está presente en casi todas las ciencias sociales que se nutren de narraciones concretas y que reconocemos tanto en la narrativa histórica de autores como M. Bloch o E. P. Thompson, como en las monografías antropológicas que utilizan conversaciones, testimonios, historias de vida o memorias, es decir, prácticamente, en todas las narraciones etnográficas.

Las memorias como texto

La primera dificultad que se nos ha presentado ha consistido en averiguar de qué modo las memorias nos introducen en el mundo devastado de los campos. Para resolverla, cada memoria individual la hemos sometido a una doble contextualización: por una parte, hemos analizado la memoria misma, desde el punto de vista de la forma genérica del texto (Lejeune, 1980; Genette, 1988; Young, 1987, 1990 y 1993; Morand, 1976; Langer, 1991, 1995 y 1998; Dresden, 1995). Las memorias escritas contienen elementos que las distinguen de las autobiografías, porque siguen, necesariamente, ciertas convenciones, que nos permiten establecerlas como subgénero; si bien, al mismo tiempo, dan cabida a numerosas variaciones individuales, en función de cómo cada autor se enfrenta al uso de ciertos recursos narrativos: el seguimiento de un orden cronológico (aunque existan anticipaciones, reminiscencias, etc.); las técnicas de descripción; la forma de narrar (utilización de diálogo, acercamiento-alejamiento de los sucesos) y la elección de una voz narrativa (Lejeune, 1980; Genette, 1988; Reis y Lopes, 1996).

El narrador o la narradora impone a la estructura interna de la memoria una secuencia ordenada a sucesos que, de otra forma, aparecerían como elementos caóticos o dispersos. Pero la voz narrativa y su secuencia ordenada no nos indican que lo narrado tuviese esa misma sucesión o fuese percibido como tal, cuando los sucesos estaban ocurriendo. Esta aparente coherencia que introduce la voz que narra es un problema serio de cualquier testimonio por escrito (en cierta forma similar al de un investigador en una entrevista oral: ¿quién tiene la coherencia, el entrevistado o el entrevistador?), que, en muchos casos, se complica porque la memoria está escrita con un colaborador literario. El dilema existente es la linealidad ordenadora de la voz narrativa, su teleología implícita, frente a los momentos en los que vemos una oposición entre el entonces y el ahora.

Esta dualidad aparece muchas veces al narrar el desconcierto de la llegada, la falta de comprensión de lo que sucedía, por ejemplo, al salir de los trenes y pisar los andenes de la estación de Auschwitz. En muchas memorias, el narrador identifica a Mengele como uno de los SS que lleva-

ba a cabo la selección en la rampa. Sin embargo, la mayoría de las veces, se trata de una identificación improbable, a no ser que el memorialista lo hubiese conocido antes o hubiese trabajado después, ya prisionero en el campo, en uno de los centros donde realizaba sus investigaciones, como es el caso del doctor Nyiszli, encargado de hacer las autopsias de los que morían tras haberse sometido a sus experimentos (Nyiszli, 1960).

En todo caso, como las memorias son cronológicamente posteriores a los sucesos narrados, no pueden analizarse sin tener en cuenta que, a menudo, surgen de o están vinculadas a instituciones y variables culturales, como puedan ser, por ejemplo, los distintos juicios contra los perpetradores o las cambiantes políticas de conmemoración y reconocimiento en las que se inserta el cambiante estatus social de los supervivientes como víctimas.

Por otra parte, siempre que nos ha sido posible, hemos situado las memorias en el contexto de los abundantes datos, en su mayoría procedentes de los documentos suministrados por la burocracia nazi e incautados después de la guerra, analizados por distintos científicos sociales, sobre la organización y planificación de los campos, sobre el papel de la burocracia en el exterminio y también sobre el complejo problema de su comparación con otros genocidios.

Versiones y ambigüedades

El impacto del viaje al universo de aniquilación, a menudo, depende de los testigos que hemos escogido como guías. Al comparar sus memorias nos encontramos con versiones contradictorias, que discrepan ya no sobre las interpretaciones (literales o ejemplares de los sucesos narrados), sino sobre el difícil registro del encuentro entre los acontecimientos y la memoria del testigo. Como establecía L. Langer (1982: 5): «dado que la víctima como testigo no es una máquina registradora sino un ser humano susceptible de equivocarse, es útil distinguir entre las visiones de la realidad de los campos de la muerte (limitadas tan sólo por la imaginación del narrador) y las versiones de esa realidad determinadas por la personalidad del autor». Es decir, como nuestra forma de *ver* los campos depende no de principios abstractos, aplicados externamente, sino de cómo otros nos *la cuentan*, hemos de partir del análisis de varias versiones, que pueden ser tan discrepantes o contradictorias entre sí como el propio *universo concentracionario*.

Quiere ello decir que nos encontramos con el problema, aparente, de la presencia de versiones. Decimos aparente, porque en realidad, como muestran las monografías antropológicas, la presencia de ambigüedades y de versiones es un componente central de cualquier investigación social.

Por otra parte, hemos de tener en cuenta que la mayoría de los discursos que afloran en las memorias sirven para contextualizar no a las víctimas cuando lo eran, sino situaciones sociales contemporáneas, en sintonía con la concepción, casi durkheimiana, de que la celebración del pasado y la celebración de los nosotros-mismos actuales pertenecen al campo del presente.

Indudablemente, también existen casos de antiguos internos, como por ejemplo Bruno Bettelheim o V. Frank, cuyos escritos sobre los campos en los que estuvieron prisioneros transmiten una narración lineal y carente de ambigüedades. Su percepción (presente) del campo nos asegura que el sufrimiento infligido tenía un sentido análogo al de una prueba de superación personal: la actitud de las víctimas, su resistencia y fortaleza mental eran decisivas para sobrevivir, independientemente de los planes de los perpetradores o del azar.

Mi lectura de las memorias me inclina a compartir con Langer (1982, 1991, 1998) la idea de que las memorias con tesis sobre el sentido del sufrimiento o su propósito redentor, ya sea épico, político, religioso o moral, debemos leerlas teniendo en cuenta que introducen dos distorsiones problemáticas: adaptan muchos sucesos a la versión de la tesis y trastocan el orden del antes y después de la experiencia narrada.

El efecto Rashomon

Evidentemente, el problema de las versiones no es monopolio de las memorias o de las investigaciones centradas en las víctimas. El historiador C. Browning toma la variabilidad como uno de los puntos de partida molestos, cuando intenta reconstruir lo ocurrido con el Batallón de Reservistas 101:

Leer sobre los mismos sucesos experimentados por una unidad, tal como se filtran a partir de las memorias de ciento veinticinco hombres más de veinte años después es desconcertante para un historiador que busca certidumbres. Cada hombre jugó un papel diferente ese día. Cada uno vio e hizo diferentes cosas ese día. Posteriormente, cada uno reprimió u olvidó ciertos aspectos de la experiencia o reconfiguró su memoria de distinta forma. Así inevitablemente uno se encuentra con el efecto Rashomon de las perspectivas múltiples y de las memorias múltiples que se nos escapan de la mano.

Paradójicamente uno tiene la ilusión de que se enteraría mejor de lo que sucedió en Josefow ese día con una sola recolección detallada en lugar de con ciento veinticinco (Browning, 1992: 29).

¿Qué es el efecto Rashomon? Recordemos la célebre película de Akira Kurosawa, ganadora del festival de Venecia de 1951, centrada en el

relato de un samurai, su esposa, un bandido y un leñador en el siglo x. Cada una de las cuatro personas cuenta una violación y un asesinato de forma distintivamente diferente. Pero, si en lugar de considerar el efecto Rashomon un problema de la objetividad, lo consideramos un elemento inherente a la pluralidad de las sociedades humanas (porque curiosamente Browning añora algo que los antropólogos han descartado hace mucho, como son los reportajes con un «informante» y como si ese único informante no tuviera una «versión») notaremos que este efecto no es un problema característico sólo de las memorias. No tenemos que recurrir a Lévi-Strauss para recordar no sólo que las variaciones estructurales de un mito no son un problema, sino que el mito en sí no existiría sin variaciones.

A diferencia de la literatura antropológica, la judicial incluye distintas versiones para establecer una sola, sin alternativas, una vez que se ha alcanzado la sentencia: por eso el sistema exige instancias superiores a las que recurrir, si se discrepa. Cuestionando testigos y descartando «inexactitudes». Los testimonios sobre los dos sucesos extraordinarios de que daremos cuenta en el último capítulo (las muertes de la Bailarina y de Mala la belga), seguramente no se mantendrían mucho tiempo en la sala de un juzgado (como casi ningún relato antropológico). ¿Dónde estaba usted?, ¿a quién abofeteó?, ¿quién leía la sentencia?, ¿era la sentencia o un discurso? Sin embargo, el efecto Rashomon nos dice que estas historias legendarias existieron, que se transmitieron, que la gente iba añadiendo detalles..., es decir, lo habitual cuando hay interacciones sociales.

Al comparar las memorias partimos de múltiples perspectivas y de múltiples versiones, que, sin embargo, tienen coherencia interna y convergen en varios puntos cuando las situamos en el plano intermedio: en el caso que analizaremos resultará evidente el deseo de un discurso sobre la muerte, sobre la conducta heroica, que contradiga la realidad de Auschwitz. En realidad, la pregunta sobre el efecto Rashomon sólo tendría sentido si no existiera un antropólogo o un historiador como meta-narrador que escriba desde su propia concepción de relevancia y que se responsabiliza de la narrativa histórica o antropológica.

Los que no escriben y los especialistas

Los distintos memorialistas dan cuenta de sus relaciones con otros prisioneros y de cómo estas relaciones estaban incrustadas en las diversas situaciones sociales surgidas en los campos. Pero, claro, no todos los prisioneros han escrito o contado a un escritor su relato de vida, su paso por distintos trabajos o sus apañes para salir vivo de Auschwitz.

Si bien no existe el memorialista típico, sí que es evidente que la

mayoría de los autores, hombres o mujeres², proceden de determinados medios socioculturales que por motivos diversos, ya fuesen religiosos, políticos, familiares³, profesionales o personales, sintieron la obligación de hacer públicas las experiencias propias y ajenas de las que fueron testigos. Otros internos jamás escribieron sus testimonios, bien porque nunca quisieron hablar de su paso por los campos, bien porque nadie parece haberse interesado por sus reminiscencias:

Presos comunes: No conocemos ninguna memoria de los llamados triángulos verdes o negros. Tampoco investigaciones posteriores realizadas sobre ellos por historiadores, sociólogos o psicólogos sociales. Cuando cuestionamos o relativizamos cómo se aplicaban las categorías de clasificación nos basamos en datos aportados por otros memorialistas. Sin embargo, algunos presos comunes fueron importantes en los juicios: por ejemplo, uno de los acusados en el juicio de Fráncfort, como cuenta Langbein, fue procesado tras la denuncia de un antiguo preso común.

Gitanos: No han escrito memorias, y hay pocas investigaciones sobre ellos. Muchas referencias provienen de los prisioneros-médicos que trabajaron en su campo.

Homosexuales: muy pocas y tardías.

Kapos, prisioneros-funcionarios: Sólo existen de aquellos que ejercían su profesión (médicos, músicos) o que alcanzaron por ella buenas posiciones (oficinistas, jefes burocráticos). Hay que tener en cuenta que en Auschwitz la mayoría de los *Kapos* eran presos comunes.

SS o trabajadores alemanes: Salvo excepciones, de alguna manera relacionadas con comparecencias judiciales, tampoco tenemos memorias explícitas.

Como contrapartida, podemos constatar la existencia de una especialización de testimonios⁴. Así, por ejemplo, cierto tipo de escritos, a los que nos hemos referido anteriormente, acabaron suministrando los datos básicos de los historiadores al proporcionarles una versión general y adecuada de la organización del campo, con registros estadísticos sobre la entrada y salida de presos, con la distribución de tareas, con las cifras de mortandad. La mayoría de los memorialistas-prisioneros de este tipo ocupaban cargos específicos dentro de la jerarquía

2. El plan de exterminio que presidía el campo de Birkenau afectaba por igual a hombres y mujeres. Hay autores que señalan que es de las pocas situaciones en las que el género y sus diferencias culturales quedó englobado en el plan general.

3. Cuando asistía a las sesiones con supervivientes en Toronto, constaté que su principal preocupación era que les hiciesen llegar un vídeo a sus parientes (hijos y nietos) con su entrevista.

4. Después del llamado juicio de Auschwitz, al que nos referiremos más adelante, muchos autores de documentales y de libros de historia se apoyaron en los testimonios aportados por las víctimas que habían declarado en ese juicio. Muchas de las memorias utilizadas en este trabajo también fueron escritas por estos testigos.

administrativa del campo. Ellos mismos pertenecían a categorías muy especiales: en general eran alemanes, o hablantes de alemán, dominaban varios idiomas, tenían conocimientos profesionales sobre la administración y en su mayor parte eran presos políticos. Esto quiere decir que, en general, no abundaban judíos con sentencia de muerte automática (aunque algunos por su conocimiento de idiomas, preparación profesional y vínculos políticos, lograsen estos puestos), tenían contacto directo con la administración SS (sobre todo con cargos jerárquicos), ocupaban puestos prominentes que les permitían no sufrir las mismas penalidades que la mayoría de los internos, mantenían sus ideas políticas y un amago de organización con otros prisioneros simpatizantes (aunque fuesen pequeños y esporádicos) que aumentaban sus ventajas relativas y tenían información y acceso a datos que les permitían tener una idea de conjunto de lo que era el campo y de lo que allí ocurría. El trabajo de oficinas, tan imprescindible para el mantenimiento de los campos, les permitió guardar datos y en algún caso tardío (1944) filtrarlos como informes al exterior, gracias a su capacidad de organizar fugas de presos, como la de los judeoeslovacos R. Vrba y F. Weltzer.

Estas recopilaciones especializadas son la base de muchas elaboraciones posteriores sobre los campos, por parte de prisioneros tan dispares como Kogon, Langbeim o las de la antropóloga y discípula de Mauss, G. Tillion sobre Ravensbrück.

En muchos casos, estos informes generales siguen una narrativa «histórica», y poco nos dicen de la suerte de los prisioneros corrientes cuyas posibilidades de sobrevivir en un mal comando eran de apenas dos meses.

Muchas de estas obras se escribieron tras la liberación encargadas por los servicios de información de los países vencedores, como por ejemplo, la de Kogon (1946), o el Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz (Auschwitz-Alta Silesia), encargado a Primo Levi y Leonardo Debenedetti por el comandante ruso de Katowice, y publicado en italiano en 1946 (Levi, 2005). Otras obras más exhaustivas, como por ejemplo la de Tillion o la de Langbeim, están vinculadas a organizaciones de antiguos deportados, a la frustración ante los juicios celebrados y a su compromiso de utilizar su saber en transmitirnos con el máximo rigor cómo había sido aquella vida.

EL CONTEXTO DE LAS MEMORIAS: POLÍTICAS, JUICIOS Y SILENCIOS

Cualquier análisis de cómo Auschwitz ha llegado a representar un periodo histórico concreto, caracterizado por las políticas nacionalsocialistas

Más que debate social-intelectual del tipo que hemos señalado en las épocas precedentes, el Holocausto o la *Shoah* se ha convertido en un fenómeno perteneciente a la cultura de masas, divulgado en películas, en series de televisión y rememorado en museos, recién inaugurados, en diversos países.

Muchas de las memorias o testimonios son orales y se insertan en proyectos de investigación (el de la Universidad de Yale o el Yad Vashen de Jerusalén, por ejemplo), ligados a comunidades judías o a entidades como museos, que pretenden conservar estos testimonios como una parte integrante de la memoria histórica, antes de que desaparezcan los últimos supervivientes.

En este sentido, las últimas memorias y los últimos juicios forman parte de las políticas de conmemoración y de la reificación de fenómenos históricos cruciales, propios de nuestros tiempos (Finkelstein, 2000; Novick, 1999), una de cuyas características ideológicas es el cambio radical del valor otorgado a la víctima: de un sospechoso (o casi) en la primera época a un heroico superviviente en la nuestra.

LA CAMBIANTE SITUACIÓN DE LAS VÍCTIMAS: ENTRE LA REIVINDICACIÓN Y EL OLVIDO IMPOSIBLE

Del mismo modo que la mayoría de nuestros memorialistas asistieron al reconocimiento de su presencia como testigos en el ámbito jurídico-intelectual, también podemos observar cómo en nuestra cultura se produjo una transformación similar del concepto de víctima y de las políticas de conmemoración. Entre quienes se percataron de este movimiento pendular destaca el sociólogo francés Chaumont (1997), quien caracteriza el resultado del cambio institucional en las políticas de la memoria, aplicadas a los distintos grupos, como una *competición entre víctimas*. El proceso sociológico que describe Chaumont es la sustitución de una concepción meritocrática, dominante durante la posguerra, es decir, la política de retribuir a ciertos grupos o personas por lo que habían hecho o combatido frente a los invasores, por una concepción victimista, en la que se compensa a los grupos o personas por lo que han sufrido, y que se acompaña con gestos públicos de pedir «perdón» o la creación de oficinas de ayuda regentadas por «especialistas»⁹. En la nueva situación coexiste el conflicto que para las políticas oficiales suponen las reivindicaciones por libre de las víctimas con la nueva forma institucional que

9. Quiero hacer notar que el concepto de «víctima» en este sentido político actual es intercambiable en el mundo anglosajón por el de *survivor*. Una de las ilustraciones más elocuentes de este fenómeno es la traducción al inglés americano del libro de Primo Levi, *Si esto es un hombre*, por *Survival in Auschwitz*.

pretende organizar a las víctimas en asociaciones con portavoces, más o menos especializados, que intentan constituirse en grupos de presión opuestos a otros similares (Finkelstein, 2000).

La nota dominante hasta los años sesenta-setenta partía de una ideología política, estética y cultural, cuya exaltación heroica del pasado alejaba de la consideración pública a los más castigados por las políticas nazis, como judíos o gitanos que eran, a menudo, silenciados incluso en los monumentos conmemorativos. Según la tesis de Chaumont (1997, 2000) no se trataba tanto de silenciar como de culpabilizar a la víctima, de forma similar a «cuando tras una violación, las mujeres eran, durante mucho tiempo, estigmatizadas por no haber sabido resistir a su agresor» (2000: 175).

Los datos detallados de Francia, analizados por Wiewiorka (1992), o los que sobre los Países Bajos nos aporta Lagrou (1998), dan cuenta de que tanto en la Francia como en la Bélgica de posguerra los deportados judíos tenían un reconocimiento formal distinto al de los antiguos resistentes: sólo los que podían mostrar pruebas de haber participado en «actividades patrióticas desinteresadas» podían acogerse al título glorioso y a los beneficios de la categoría «prisioneros políticos». Los otros no podían solicitar ni reparaciones materiales ni reconocimiento simbólico, porque eran «beneficiarios», no «titulares» como los resistentes. Es decir, ciertos grupos de víctimas portaban un estigma de oprobio y vergüenza inverso al título de gloria concedido a los antiguos deportados políticos. Uno de los casos más extremos de maltrato lo encontramos en las políticas de Stalin, quien persiguió y envió a campos siberianos a los pocos supervivientes soviéticos de Auschwitz.

En muchos de los países comunistas, donde habían estado los campos de exterminio, como Polonia, la interpretación ideológica de lo acontecido y la inclusión de los grupos silenciados en la categoría «víctimas de la violencia fascista» hacía de este silencio algo tan simbólico y sorprendente como para que hasta los años noventa la palabra «judío» no ocupase ningún registro ni se pudiese leer ni en el Museo ni en el monumento internacional de Auschwitz en Polonia¹⁰ (Chaumont, 2000: 173).

Tampoco se trataba de una situación característica del mundo gentil, porque en el por entonces recién creado Israel, los héroes eran los combatientes del gueto de Varsovia, prueba de la resistencia judía, frente a la pasividad de los que se habían dejado matar como «ovejas en el matadero» o que habían tenido actitudes indignas como, por ejemplo, haber colaborado, haber aceptado cargos de *Kapo*, o haber maltratado a otros prisioneros. Incluso había quien realizaba una lectura darwinis-

10. Éste es el contexto en el que adquiere relevancia la polémica sobre la construcción del convento carmelita en Auschwitz.

ta de cómo la «supervivencia de los más aptos» había seleccionado a quienes se habían adaptado a costa de invertir los valores morales. Era, como nota Segev (1993), el pan de cada día de la difícil asimilación a Israel de los supervivientes.

La falta de reconocimiento no se circunscribía a la esfera oficial, sino que, en muchos casos, se daba también en el entorno más próximo. Tal vez, uno de los ejemplos más significativos nos lo brinde el caso de Loredana, una joven obrera italiana que cumplió los dieciocho años en Auschwitz sin saber bien cómo ni por qué había llegado allí¹¹. A su regreso a casa, cuando se reencuentra con su madre, ésta le hace una sola pregunta: «Sei ancora a posto?». Tras un año como reclusa, en la propia estación de su ciudad, su madre no quiso saber ni dónde había estado, ni qué le había pasado ni qué heridas traía; la única preocupación que le mostró a Loredana era saber si todavía era virgen (Paulesu Quercioli, 1997: 70).

Muchas de las memorias de los supervivientes de Auschwitz recalcan cómo a su regreso se encontraron con que ni siquiera sus allegados querían escuchar lo que les había pasado, y cuando contaban algo, veían el escepticismo reflejado en las caras de sus oyentes. La lejanía con que se trataba a quienes habían logrado volver de los campos parecía incluir una petición de que pusiesen entre paréntesis su temporada en los campos para reincorporarse a la «vida normal».

La desconfianza que inspiraban los supervivientes no reflejaba simplemente las políticas de reconstrucción nacional de la posguerra, sino que la situación de ambigüedad cultural de los grupos estigmatizados (pensamos en los judíos, pero añadamos a los gitanos o a los deportados por ser homosexuales (Pierre Seel y Jean Le Bitoux, 2001), sobre los que existía un mutismo total hasta hace muy poco) estaba presente en los juicios, en las primeras obras históricas sobre el periodo nazi o en los reportajes cinematográficos sobre el genocidio. Según varios supervivientes, el efecto social que tuvo el conocimiento de los campos a través de estos reportajes documentales fue incrementar esta desconfianza: si la situación permanente eran las pilas de cadáveres anónimos de los campos tipo Bergen Belsen de los últimos tiempos, ¿qué cosa indigna hicieron para sobrevivir las personas concretas que habían sobrevivido?

Con su habitual acidez, el músico Simon Laks (1991) mostraba su perplejidad (o más bien su enfado) porque a su regreso a casa, muchos

11. Ante la necesidad de mano de obra, las autoridades nazis reclutaban trabajadores civiles, casi forzados, en países aliados u ocupados. Sin embargo, en el caso de Loredana, según Paulesu, se produjo alguna confusión y fue enviada como prisionera primero a Mauthausen y después a Auschwitz (Paulesu Quercioli, 1997: 53-62).

conocidos que no habían estado prisioneros en los campos, siempre le hacían la misma pregunta:

«¿Cómo es que has logrado sobrevivir en Auschwitz?». Esta pregunta siempre me ha causado desazón y me daba casi vergüenza haber sobrevivido. Todavía me la siguen formulando ahora, tantos años después. Pero cada vez que me la formulaban yo respondía y todavía respondo lo mismo: «No sé cómo se hace. Me parece que ha habido un pequeño número de supervivientes que han logrado regresar y está bien que exista esta gente. Resulta que yo soy uno de ellos. Eso es todo, no le encuentro ninguna otra explicación». En cierta ocasión le di una respuesta un poco distinta a una dama que me había planteado la pregunta en un tono en el que percibí resentimiento neto: «Tantos muertos y usted ha sobrevivido, ¿cómo lo ha hecho?». Me sonrojé invadido por un sentimiento de culpabilidad y farfullé, aunque con cierta ostentación: «Le presento mis excusas... no lo hice a propósito...» (Laks, 1991: 28-29)¹².

Ejemplos similares al expuesto por Simon Laks, se repiten memoria por memoria y país por país, negando el final feliz de «vuelta a casa» decretado tras la liberación de los campos.

La nueva interpretación y revalorización de una categoría tan heterogénea como la de víctima, aparentemente (sólo aparentemente) más en consonancia con la empatía antropológica, presupone grandes cambios en el tratamiento ideológico, histórico y judicial del genocidio. Porque, como señala Todorov (1995: 99), a lo que nos enfrentamos en el nuevo modelo es a una sacralización de la víctima a la que se le brinda «una línea de crédito» inagotable. Las reflexiones de Todorov no difieren mucho de las tesis de Chaumont (1997) sobre la lucha abierta entre distintas organizaciones de víctimas por ser oficialmente el «grupo más desfavorecido», con el fin de lograr un acceso privilegiado a recursos materiales y simbólicos. Lo cierto es que hay un hecho incontestable: en las últimas décadas se ha producido en casi todos los países de Occidente una revalorización tal del estatuto de víctima¹³ que los otrora

12. Una de las cuestiones subyacentes más relevantes y con un mayor grado de incompreensión sobre lo que ocurría en los campos es la presentación en ciertas obras del superviviente como alguien que había sobrevivido no por el azar, sino por sus acciones. Es cierto que este convencimiento es uno de los orígenes de la «zona gris», si bien cuando se infiere que ciertas condiciones objetivas (trabajo, contactos, idiomas, etc.) dan «más probabilidades» de sobrevivir, enumeramos condiciones necesarias, pero no suficientes. La obra de Levi, nos lo recuerda continuamente.

13. La reclamación de ser víctima no es simple ni ajena a los conflictos y a las manipulaciones. Pensemos en el rechazo que la Asociación de Víctimas del 11-M, representada por Pilar Manjón, suscita entre grupos mediáticos de la derecha española o en la reivindicación de «única» que alguna Asociación de Víctimas de ETA, con claras estrategias de manipulación política, presenta a las víctimas discrepantes, pertenecientes o no a otras

silenciados o sus representantes, ahora entran en conflicto con otras víctimas por reivindicar ese propio estatuto. Pero ¿cuáles son las causas de este fenómeno singular?, o ¿qué cambios podemos percibir tras este fenómeno?

El cambio parece estar relacionado con el final de la *visión Núremberg* tanto de la justicia como de la historia: en todos los casos analizados, la ruptura se produce en el momento en que el público se enfrenta con unos mecanismos narrativos que le permiten identificarse con las víctimas. Así, los alemanes, a pesar de toda la política educativa, de los juicios, de los debates filosóficos sobre la culpa, parece que descubrieron el genocidio con la serie televisiva *Holocausto*. La conciencia generalizada del genocidio en Estados Unidos o en Gran Bretaña data de finales de los años setenta, y en algunos países es posterior (Novick, 1999; Kushner, 1994; Vidal-Naquet, 1991; Finkelstein, 2000).

El modelo Núremberg quiso exponer los peores crímenes, sin contar con el testimonio de las personas que los habían sufrido. La apuesta de los tribunales por dejar invisibles a las víctimas o, como mucho, por presentarlas como «ilustraciones representativas», alejó a los espectadores de identificarse con los sufrientes.

A su vez, este modelo también creó en las víctimas tanto lo que Améry llamaría un fondo de resentimiento como una frustración ante el nivel de alta política de los juicios, que les condujo a exponer en las memorias un subtexto reivindicativo de las experiencias padecidas. Es innegable que en situaciones como las de los tribunales que juzgan crímenes como los perpetrados en Auschwitz (o en otros genocidios o en otras situaciones de injusticia extrema), el testimonio de las víctimas lleva aparejado un ritual de conmemoración que, en muchos casos, se manifiesta como una petición de justicia. Si esto se les niega al juzgar estos crímenes inconmensurables, la noción de que se hace justicia desaparece del universo moral de las víctimas.

Si bien muchas de las memorias que hemos utilizado surgen explícitamente de las deficiencias o frustraciones de los procesos judiciales, la conexión entre las memorias y los juicios no se puede establecer de forma lineal ni unidireccional. Basta observar el cambiante papel asignado a las víctimas cuando testificaron en los juicios de Núremberg, en el de Eichmann o en el de Fráncfort para darse cuenta de cómo, a partir de los años sesenta, hemos asistido a la transformación de los procesos judiciales en una forma de conmemorar una situación extrema para la que no existe reparación posible.

asociaciones, o en cómo la palabra «víctima» se asocia con más frecuencia a los asesinados por ETA que a las víctimas de la guerra civil. Ejemplos paralelos se encuentran en casi todos los países de nuestro entorno (Narotzky y Moreno Feliu, 2004).

En un esclarecedor artículo el politólogo W. James Booth (2001) destaca cómo la tradición pragmática que considera que las concepciones de la justicia ancladas en el pasado, o más bien en el deber de recordar el pasado, poseen muchos elementos arcaicos, irracionales o peligrosos¹⁴ para el presente y el futuro de una sociedad dada, coexiste con otra, menos visible en la arena pública, que considera que los vínculos morales entre el recuerdo de ese mismo pasado y la justicia configuran una de las facetas fundamentales de la justicia misma. El antiguo prisionero de Auschwitz, Jean Améry rechaza la dicotomía, si se plantea como el olvido de la afrenta:

Lo pasado, pasado. He aquí una sentencia tan verdadera como hostil a la moral y al espíritu. La capacidad de resistencia moral incluye la protesta, la rebelión contra lo real, que es razonable sólo mientras sea moral. El hombre moral exige la suspensión del tiempo; en nuestro caso, responsabilizando al criminal de su crimen (Améry, 2001: 153).

En la realidad, la dicotomía no se presenta como una disyuntiva excluyente, sino que ambos pares se sitúan en un conflicto de moralidades, de modo parecido a como se canalizan las reivindicaciones de los distintos agentes que configuran lo que Booth, en un trabajo anterior (1999), había denominado *comunidades de memoria*, o Todorov (1996) *activistas de la memoria*.

Esta dicotomía ya estaba presente en la antigua Grecia, donde la *Dikê*, Justicia, englobaba la memoria de los males pasados, pero también la cautela ante los peligros de una memoria excesiva (Booth, 2001: 777-778). Por ejemplo, Loraux (1997) señala que figuras como las Furias, que mantenían la memoria del mal, eran las encargadas de que la memoria del *miasma* —o la contaminación por la culpa— no se olvidase. Las Furias auxiliaban a la Justicia al evitar que el paso del tiempo borrara su cometido, y, de este modo, contribuían a afianzar el orden moral. Su tarea concluía al lograrse una retribución que hiciese poco deseable el recuerdo de la afrenta pasada.

14. Booth ilustra el planteamiento político pragmático, es decir, el que considera que el par memoria-pasado / olvido-futuro debe prevalecer frente al peligroso memoria-pasado / justicia-pasado con varios ejemplos: «Nuestra reacción ante Aquiles, guiado por la memoria de la muerte de Patroclo, o ante Electra, quien vive y actúa en la sombra de su padre asesinado, se parece a cómo percibimos las guerras en la antigua Yugoslavia o la contienda del Ulster [en cuanto a que se justifican las acciones del presente en una afrenta o injusticia ocurrida en un pasado distante]. No es la cantidad de tiempo transcurrido entre el suceso originario y la respuesta presente lo que nos causa perplejidad o rechazo, aunque cuanto mayor sea la distancia temporal, mayor será la probabilidad de nuestro asombro ante la enorme presencia de las heridas en sus vidas, sino que lo percibimos como negativo, sedicente e irracional, precisamente, porque estos individuos y estos pueblos han perdido la brújula que les oriente hacia el futuro» (Booth: 2001).

Esta descripción de las dos posiciones o demandas no debe entenderse de forma simplista: hemos visto cómo las víctimas se dedicaban a la composición de memorias ante la insatisfacción con la justicia emanada de los juicios (en muchos de los cuales habían participado como testigos), mientras que el juicio más famoso, el de Núremberg, con su consideración del nazismo como una conspiración contra la paz, su compromiso con la «alta política» y la arbitrariedad de los plazos, abrió la puerta a un largo silencio. Desde el punto de vista holista de nuestro planteamiento, hemos de reconocer que, en abstracto, el problema que subyace a las memorias no es otro que el de la articulación de las reivindicaciones de justicia de las víctimas con las políticas de la memoria que pretenden dejar atrás un pasado con crímenes inasumibles. Sin embargo, estas mismas memorias también nos abren la única puerta posible para descender al día a día que les impidió librarse del *conocimiento venenoso* que adquirieron en Auschwitz.

tente o heroico). Sin embargo, como señala Langer (1982, 1991, 1998), las memorias con tesis externas sobre el sentido del sufrimiento deforman o hacen incomprensible lo que se nos cuenta en otras memorias, porque los propios sucesos se narran adaptados a la coherencia interna que introduce la justificación y también porque, a menudo, distorsionan el orden del antes y después de lo narrado.

La mayoría de las memorias con *tesis externa* sí podrían considerar válido el esquema llegada al campo/prisionero/liberación, pero para otras, esa interpretación se presenta como extremadamente irreal y problemática: de entre todas las versiones que presentan Auschwitz como una quiebra inconcebible, sin lectura épica posible, y sin posibilidades de dejarlo atrás al regreso⁸, según la fórmula «lo pasado, pasado» con la que se tendrían que haber re-insertado en la vida normal, nos detendremos en lo que cuentan Primo Levi y Charlotte Delbo, quienes presentan una interpretación que encontramos de forma recurrente en muchas otras memorias.

Primo Levi: La vergüenza y la culpa al volver a ser humano

Para muchos memorialistas, el momento de la liberación estuvo dominado por sensaciones enfrentadas de vergüenza y culpa ante lo que Levi llamaría «volver a ser hombres». En muchas memorias (Levi, Améry, Delbo) la liberación se muestra como el momento en que son conscientes de la incapacidad de volver a vivir como antes, como si nunca hubiesen sido sometidos y se hubiesen adaptado a lo que hemos llamado la zona gris o el conocimiento venenoso que allí adquirieron (Das, 2007).

Como hemos expuesto en otros trabajos (Narotzky y Moreno, 2002; Moreno, 2004), una de las manifestaciones del mundo Auschwitz fue la suspensión de la moralidad. Según Levi, al liberar los campos, al volver a estar en contacto con otros hombres, esa suspensión desaparecía de forma abrupta y dolorosa:

Habíamos estado viviendo durante meses y años de aquella manera animal, no por propia voluntad ni por indolencia ni por nuestra culpa: nuestros días habían estado llenos de la mañana a la noche por el hambre, el cansancio, el miedo y el frío. El espacio de reflexión, de raciocinio, de sentimientos, había sido anulado. Habíamos soportado la su-

internos en Auschwitz, las de Kolbe y Stein, se asocia su sacrificio no a la defensa de la fe del martirio, sino a las «virtudes heroicas».

8. Además de las pesadillas y otros síntomas de lo que después la pedertería clínica acabó acuñando como «*stress* postraumático», no estaría de más tener en cuenta el altísimo número de ex prisioneros que se suicidaron, como el propio Levi o Améry. Por el contrario, el número de suicidios durante la reclusión era muy bajo.

ciudad, la promiscuidad y la desposesión, sufriendo mucho menos de lo que habríamos sufrido en una situación normal, porque nuestro parámetro moral había cambiado (1987: 65).

Sabemos además que para Levi las auténticas víctimas de Auschwitz no eran quienes habían sobrevivido. La suspensión de la moralidad, la inmersión en el resbaladizo terreno de la zona gris, que había contribuido a su supervivencia al permitirles aprovecharse del azar, le impedía a Levi, y a muchos otros, vivir la liberación como tal, como el fin obvio de una etapa:

En la mayoría de los casos, la hora de la liberación no ha sido alegre ni despreocupada: estallaba sobre un fondo trágico de destrucción, matanza y sufrimiento. En aquel momento, en que sentíamos que nos convertíamos en hombres, es decir, en seres responsables⁹, volvían los sufrimientos de los hombres: el sufrimiento de la familia dispersa o perdida, del dolor universal que había a nuestro alrededor; de la propia extenuación, que parecía que no podía curarse, que era definitiva; de la vida que había que empezar de nuevo en medio de las matanzas, muchas veces solos (Levi, 1987: 61).

Esta sensación está presente en muchos prisioneros. Por ejemplo, Ph. Müller, que había sido miembro de los *Sonderkommandos* y aún así había sobrevivido, concluye sus memorias, narrando la liberación de este modo:

Por muy increíble que pueda parecer experimenté un verdadero abatimiento. Aquel momento, alrededor del cual durante tres años se habían concentrado todos mis pensamientos y mis deseos secretos, no suscitó en mí ni felicidad ni ningún otro sentimiento (Müller, 1979: 171).

Este sentimiento de abatimiento, de vergüenza o de culpa que aparece en numerosas memorias, no tiene una interpretación simple:

A mi entender el sentimiento de vergüenza y de culpa que coincidía con la libertad reconquistada, era muy complejo: estaba formado por elementos diversos, y en distintas proporciones. Debemos recordar que cada uno de nosotros, de modo objetivo o subjetivo, vivimos el *Lager* a nuestro modo (Levi, 1989: 65).

Entre los supervivientes que dedicaron parte de su vida posterior a reflexionar sobre los campos, lo vivido allí les enfrenta a una nueva per-

9. Nos resulta curiosa esta equiparación entre hombres/responsabilidad moral: en realidad, parece regresar al tema de la suspensión de la moralidad con la que hemos caracterizado la vida del campo.

cepción del mundo en que vivimos en el que la experiencia de Auschwitz es indeleble. Esa experiencia está presente no como un elemento transitorio de un pasado individual, más o menos alejado, después de haber vivido una nueva «reincorporación» a la sociedad, sino que está presente como conocimiento de lo ocurrido, como un recordatorio imborrable de que la culpa y la vergüenza que habían sentido muchas víctimas por una suerte moral que no habían escogido, pero habían sufrido, está relacionada con saber lo que había ocurrido en Auschwitz:

Los justos de entre nosotros, ni más ni menos numerosos que en cualquier grupo humano, han experimentado remordimiento, vergüenza, dolor en resumen, por culpas que otros y no ellos habían cometido, y a las cuales se han sentido arrastrados, porque sentían que cuanto había sucedido a su alrededor en su presencia, y en ellos mismos, era irrevocable. No podría ser lavado jamás; había demostrado que el hombre, el género humano, es decir, nosotros, éramos potencialmente capaces de causar una mole infinita de dolor, y que el dolor es la única fuerza que se crea de la nada, sin gasto y sin trabajo. Es suficiente no mirar, no escuchar, no hacer nada (Levi, 1987: 75).

Charlotte Delbo: La memoria escindida de Auschwitz

La prisionera política francesa Charlotte Delbo, quien no sólo ha escrito sus memorias, sino que ha elaborado una biografía colectiva de cómo murieron y cómo sobrevivieron (antes y después) las reclusas francesas de su mismo transporte, explica que cuando llegaron a Auschwitz estaban «preparadas para lo peor (*le pire*)», es decir, para lo familiar en una persecución política, para resistir unas condiciones durísimas, para narrar su final en términos épicos, como una liberación que partía de la derrota de los opresores. Pero no lo estaban para lo que se encontraron allí, no estaban preparadas para lo inconcebible (*l'inconcevable*). Después de haber vivido lo inconcebible, las memorias de Delbo giran en torno a la idea de que después de Auschwitz nunca fue capaz de regresar a lo familiar, a lo normal de su mundo anterior. Su memoria quedó escindida en dos: «Auschwitz» y «*après*», como tituló su trilogía (1965-1972)¹⁰. La analogía que utiliza para explicar su escisión es la de una serpiente que cambia su piel. Al dejar Auschwitz, Delbo tenía una piel gastada que debería haber podido dejar atrás y adquirir una nueva piel al re-aprender lentamente los hábitos de su vida anterior, como a usar cubiertos, papel higiénico, sonreír, mirar a la gente, evocar los olores, el gusto o leer. Sin embargo, lo que ella llama la piel de la memoria de Auschwitz, permanece como un *contra-tiempo* Auschwitz. De tal for-

10. Si bien comenzó a escribirlas en 1946.

ma que Auschwitz, envuelto en la piel de la memoria, permanece inalterable y aislado del yo del presente, imposibilitando cualquier idea de renovación. Ésta es la base de la distinción de Delbo entre dos operaciones de la memoria: el yo del presente que vive controlado por la *mémoire ordinaire* y el «yo» de entonces, el yo de Auschwitz que vive bajo el dominio de la *mémoire profonde*. La memoria corriente sitúa Auschwitz y lo allí ocurrido en una cronología que distingue entre las rutinas de antes y después del campo, un suceso del pasado que la propia supervivencia ayuda a integrar como un episodio más de la vida, de tal modo que se distingue nítidamente entre el auténtico yo actual y el que vivió Auschwitz.

Su contra-tiempo, la memoria profunda, mantiene el yo de Auschwitz como era entonces, como un pasado que no es realmente pasado. Curiosamente, la mayor parte de las publicaciones del proyecto Fortunoff de recogida de testimonios orales se centra en el análisis de este problema; en gran parte, en los términos que plantea Delbo. En la versión de Langer (1991) las entrevistas nos introducen en las *ruinas de la memoria*: el efecto de la memoria corriente es la narración de cierta normalidad en el caos del campo, asegurarnos que la persona presenta un continuo entre el entonces y el ahora. Pero la memoria profunda es una constatación de que no podemos ignorar lo que hay de extraño en lo contado como normal. Esta dinámica y la interferencia en algunos momentos de ambas memorias provoca, según Langer, «la dificultad de narrar, desde el contexto de la normalidad de *ahora*, la naturaleza de la anormalidad de *entonces*, una anormalidad que todavía resurge en el presente para recordarnos su potente influencia» (Langer, 1998: 22).

Esta interferencia está presente en la transcripción de una entrevista realizada por los miembros del proyecto a Baruch G.:

Recuerdo que tras la liberación, sufrí más soledad y aislamiento que durante el periodo del Holocausto... supongo que tiene que ver con el hecho de que, después, la vida a tu alrededor parece normal pero *tú* eres anormal. Vale, ¿por qué? En los campos de concentración y de trabajo había una preocupación por sobrevivir. Pero después lo que llamaban liberación —realmente no fui consciente de vivir una liberación— durante mucho tiempo no era real, pero recuerdo que durante los años 45, 46, 47 e incluso en el 48, me encontraba a mí mismo llorando, y a menudo [experimentaba] un sentimiento de «sí, estoy vivo, pero ya está, el resto no importa» (Fortunoff Video Archive, 14/L23).

Otros harían hincapié también en el vacío cultural que los campos y el genocidio dejaron en sus vidas y en sus comunidades, formulando, desde otra perspectiva más socio-antropológica, tanto la vergüenza por lo que se dejaba atrás como la destrucción irreparable:

Todo lo que me había quedado en la tierra tras la liberación era mi cuerpo esquelético al que habría que restarle el pelo y mi ciclo menstrual; un andrajoso vestido de campo de concentración, sin ropa interior; un par de desaparejados y golpeados zuecos de madera; más mi insignia de honor, un gran número azul, 25673, que los nazis habían tatuado en mi brazo izquierdo el día de mi iniciación al infierno de Auschwitz. No tenía casa, ni Estado, ni dinero, ni trabajo. Huérfana y de luto. No tenía ninguna habilidad que vender en el mercado y las casas, familias y comunidades judías estaban destruidas. Era una desplazada, una extraña; viva, pero sin hogar donde vivir. Sin nadie que me amase, que me añorase, que me apoyase o que me guiase (Ikta Zygmuntowicz, en Ofer y Weitzman, 1998: 370).

Desde luego, los internos, incluso los *Zugänge* recién llegados, entendían perfectamente la apropiación que les hacían del tiempo:

Ésta habrá de ser nuestra vida. Cada día según el ritmo establecido, salir y entrar, trabajar, dormir y comer, ponerse enfermo, curarse o morir [...]. ¿Y hasta cuando? Pero los antiguos se ríen de esa pregunta: en esa pregunta se reconoce a los recién llegados. Se ríen y no contestan: para ellos, hace meses, años que el problema del futuro remoto se ha descolorido, ha perdido toda su agudeza, frente a los mundos más urgentes y concretos problemas del futuro próximo: cuándo comeremos hoy, si nevará, si habrá que descargar carbón (Levi, 1987: 39).

EL TIEMPO AUSCHWITZ

El tiempo programado no servía para situar los acontecimientos globales ni los tiempos invisibles en que se realizaban contactos básicos para sobrevivir y que las memorias nos van relatando, como parte de una manifestación de esa vida social extraña, compleja y variable en la cual se insertan los acontecimientos del campo. El tiempo programado cotidiano tenía dos pequeñas concesiones al tiempo exterior: los domingos, si no había castigos, no se trabajaba por la tarde; el día de Navidad, tampoco.

En las memorias, además de referencias al tiempo programado, los sucesos que narran (las selecciones, las muertes, los cambios de trabajo, el hospital) adquieren su coherencia a partir del enlace entre un batiburrillo de puntos fijos que cobran dimensiones temporales: por una parte los lugares —barracas, la plaza de formación, los sitios de trabajo, hospital, letrinas— y, por otra, las más o menos esporádicas relaciones sociales con algunos de entre la masa amorfa de prisioneros, que les permitían hablar, forjar alianzas (entre prisioneros políticos, religiosos, compatriotas, hablantes de la misma lengua, colegas, etc.), o redes de intercambios de objetos y de información, de tal forma que de la dimensión temporal formada por el tiempo programado emerge un marco sociotemporal caracterizado por la interacción de las actividades con las peculiares redes de relaciones sociales del campo.

El tiempo Auschwitz en las memorias

Si pensamos en un género paralelo al de las memorias —el autobiográfico— la narración, siguiendo la convención del género, tiene una forma cronológica: nacimiento, infancia, estudios, dedicación a una profesión en la madurez, etc. (Lejeune, 1994). Dada la linealidad de la escritura, la mayoría de las memorias (de otros temas) suelen seguir esta conven-

ción, aunque haya anticipaciones o reminiscencias y una dialéctica, más o menos expresa y elaborada, sobre la identidad continuada del narrador, a partir de las voces del antes y del ahora.

Paralelamente a como el género de los campos ha calificado el espacio (*otro mundo, universo concentracionario, allí, planeta* o, sencillamente, *Lager, KL, KZ*), el tiempo también tomó sus propias referencias. Así, en el caso de la mayoría de las memorias de Auschwitz sólo existen dos puntos temporales fijos: el ciclo iniciático con que introducen al narrador en la vida del campo y el de salida (a otros campos, en marchas de la muerte, o la liberación por uno de los ejércitos aliados).

En la entrada y en la salida el narrador utiliza las categorías temporales habituales, pero ¿qué ocurre entre estos dos momentos? El problema que estamos planteando en las memorias de Auschwitz no es el del tiempo dentro del estilo literario o de la narración, sino en el relato histórico y antropológico de una situación extrema.

Las secuencias referenciales que los narradores toman como puntos espacio-temporales pueden ser la llegada a un trabajo y lo que ocurría en torno a ese trabajo: la ventaja en relaciones e intercambios que proporcionaba ese comando, el encuentro con conocidos «de antes» y la adquisición de información, cómo afectaba una buena posición a las relaciones con los prisioneros de la barraca, cómo a través de ese punto se ordenaban otros sucesos que ocurrían en el campo. Privados de relojes y calendarios, la división temporal del día, el transcurso de los meses venía marcado por las autoridades del campo. Ciertamente, hay aspectos del tiempo ecológico que se mantenían: un prisionero podía distinguir la sucesión de los días y las noches, el frío aterrador del invierno polaco y el calor húmedo del verano. Otros referentes cíclicos, como por ejemplo, la menstruación¹⁵ en las mujeres, desaparecían por la falta de alimentos, pero que muchas prisioneras achacaban a unos legendarios polvos que los alemanes echaban en la exigua comida:

Llevaba cuatro días en el campo, cuando tuve la regla. No me hizo ni pizca de gracia tenerla allí, pero esa preocupación no me duró mucho, porque a partir del segundo mes de internamiento, me desapareció. No sé qué productos químicos nos echaban los alemanes en la sopa y en el pan, además del bromuro que nos calmaba los nervios, pero fueron radicales para todas las mujeres (Birnbau, 1989 [1946]: 28).

15. Esta ausencia de reglas no equivalía a la pérdida de fertilidad. En uno de los relatos recogidos por Ofer y Weitzman (1998: 298) una antigua interna en un campo de trabajo describe los peligros de los «romances» del campo, porque «aunque la mayoría de las mujeres habían perdido la menstruación por el trabajo durísimo y la mala alimentación, los embarazos eran frecuentes. Y las mujeres preñadas caían en cada selección». Como veremos más adelante, en Auschwitz si el embarazo llegaba a término, gaseaban a la madre y al bebé enseguida.

Una de las prisioneras más antiguas, la eslovaca Helen (Stern) Kuba, que había llegado en el tercer transporte y tenía el número 2282, le cuenta a L. Shelley (1992: 78) que «desde que llegaban a Auschwitz, todas las chicas dejaban de menstruar, lo que en parte era una bendición por lo antihigiénicas que eran las condiciones. Creo que le echaban algo al té, que afectaba a algunas mentalmente y a otras les hacía crecer barbas y bigotes». Otra antigua deportada también en puestos privilegiados como Helen Kuba, también reconoce:

[...] poco después de llegar, casi todas tuvimos la regla y nos dieron unas compresas sanitarias. Fue la última vez que las usé durante mucho, muchísimo tiempo, porque la naturaleza nos ayudó a no sufrir esa dificultad añadida. Esto, el pelo afeitado, y parecer un hombre en pantalones, hizo que ya no me creyese una mujer, ni que pudiera volver a serlo de nuevo (Shelley, 1992: 106).

Esta ausencia de la menstruación, que al igual que el aumento de vello se debía más a las carencias a que estaban sometidas que a misteriosos productos químicos, la constatan muchas mujeres en todos los campos (Ofer y Weitzman, 1998), y privó a las mujeres de una vaga forma de contabilidad ecológica o circadiana.

Por último, en algunas memorias aparecen referencias a fechas festivas, como las tardes de los domingos, y en algunas a la Navidad o *Pesah*, pero no siguen regularidad, ni parecen marcar el tiempo ni celebraciones. Dadas las dimensiones y variabilidad de experiencias en Auschwitz es indudable que existían prisioneros privilegiados que tenían acceso a la información convencional de los calendarios. Pero lo que queremos destacar es cómo, en las memorias, las referencias temporales aparecen o como una «deducción» posterior o rodeadas de vaguedades. Por ello, el tiempo Auschwitz no parece compuesto por la sucesión de órdenes nazis sobre actividades diarias, ni el «tiempo libre» se muestra nunca como tal, sino que permanece invisible, mientras que el de festividades se diluye.

La estructura interna de las memorias ni sigue la cronología a la que estamos habituados, ni respeta las secuencias rutinarias siguiendo el diseño programado que acabamos de exponer. El orden en que aparecen los sucesos es estructural en el sentido apuntado más arriba: nada nos indica que la secuencia de sucesos que se nos narra tuviese esa misma coherencia o desarrollo cuando los sucesos estaban ocurriendo, porque lo que no sabemos es cuándo ocurrían, excepto en los escasos ejemplos en que había una información del exterior.

¿Cuándo ocurrían las cosas?, ¿en qué orden temporal?, ¿cómo se conocían? Sabemos que la formación ocurría dos veces al día, el trabajo ocupaba exhaustiva y dolorosamente todas las horas, pero lo que nos

narran las memorias es el discurrir por los barracones (cuarentena, adjudicación fija, hospital y cambio de barraca y los golpes y sucesos que ocurrían allí), por los distintos comandos de trabajo (y los intentos por lograr uno bajo cubierto y en muchos casos ejerciendo su profesión), las venganzas o castigos de los prisioneros funcionarios, los aristócratas del campo, las gentes que se conocían, los contactos políticos, nacionales o de lenguas, las selecciones, o el azar que permitía, mediante algún contacto, trabajar en un sitio menos duro que facilitase la difícil tarea de salir vivos. Es decir, los referentes de la narración son una expresión de la distancia o proximidad con los distintos grupos de personas que reflejaban sobre todo las rígidas jerarquías del ordenamiento nazi, no sólo entre las autoridades y la SS, sino entre unos prisioneros y otros. Pero también reflejan las esporádicas e inestables relaciones que un prisionero corriente podía mantener con otros prisioneros, o con trabajadores civiles, o, en algunos casos excepcionales, con algunos miembros de la administración del campo. En este sentido podemos representar varios ejemplos de cómo aparecen las secuencias en algunas memorias:

SECUENCIAS COMPARATIVAS

Autor: K. Hart. Diversos comandos: <i>Kanada</i> Memoria: <i>Return to Auschwitz</i> . Dividida en doce capítulos Fecha: 1981 (versión anterior)		
<i>Ciclo iniciático. Salida del campo</i>	<i>Momentos estructurales</i>	<i>Antes y después</i>
Gueto, escapada, apresamiento por la Gestapo (con su madre): judeo-polacas. Llegada al campo sin selección por proceder de una detención (1943). La marcha de la muerte. Liberación. Persona desplazada. Gran Bretaña.	Trabajo: «El trabajo os hará libres». Descripción de su estancia en términos de los distintos comandos en que estuvo. «La riqueza de <i>Kanada</i> »: su paso por este <i>Kommando</i> : la jerarquía del campo. Exterminio de los judíos húngaros. Relaciones sociales. «‘Organiza’ o muere»: importancia clave de estas transacciones. Grupos de amistad. Su madre.	Capítulo 1: salida del campo y establecimiento silencioso en el Reino Unido. Capítulo final: vuelta a Auschwitz con familiares. Programa TV. Un capítulo intermedio sobre la solución final.

Autor: Marco Nahom: médico sefardí Memoria: <i>Birkenau: The camp of Death</i>. Memoria en treinta capítulos Fecha: 1989 (Dachau, junio-julio 1945)		
<i>Ciclo iniciático. Salida del campo</i>	<i>Momentos estructurales</i>	<i>Antes y después</i>
Arresto, transporte a Salónica. Gueto de Salónica. Llegada a Birkenau: mayo de 1943. Selección: Mengele. Pérdida de su familia. Los uniformes. Salida a otros campos y trabajos. Liberación en Dachau. Regreso a Grecia. Superviviente: él y su hijo.	Descripción: alimentos. Barracones. La formación. Los <i>Lager</i> de Birkenau. El campamento gitano. Las selecciones. Los crematorios. Los últimos transportes. Trabajo: paso por varios <i>Kommandos</i>. El hospital. Esterilizaciones. Relaciones sociales. Jerarquías del campo. Conocidos sefarditas y búsqueda de buenos comandos. La música. Los <i>Sonderkommandos</i>. Su hijo y su sobrino. Los <i>Kapos</i>. El mercado negro, sus mercancías.	Introducción (S. Bowman). Dos capítulos iniciales sobre Salónica y la invasión de Grecia. Apéndices sobre la comunidad sefardita de Dimotika y Orestías. Reencuentro con su hijo y a finales de los cincuenta, emigración a Estados Unidos.

Autor: Olga Lengyel Memoria: <i>Five Chimneys</i> Fecha: 1947		
<i>Ciclo iniciático. Salida del campo</i>	<i>Momentos estructurales</i>	<i>Antes y después</i>
Llegada: 1944. Transporte desde Hungría. Selección: muerte de padres y sus hijos. Ducha. Tatuaje. Barraca. Cuarentena: sólo formación y selecciones. Salida. Marcha de la muerte. Abandonados en una aldea polaca.	Trabajo: en la enfermería, hospital-la morgue. Infanticidios. Experimentos. Nazis: «El ángel de la muerte». Relaciones sociales. <i>Kanada</i>. Tipos de presos. Jerarquías. «Organizar». Presos políticos. Relaciones sexuales entre prisioneros e internas. Muertes de niños.	Sin detalles vitales: fe en la humanidad después de Birkenau. Dos voces en la narración, y textos intercalados. Ayuda para escribir.

Autor: Simon Laks, músico Memoria: <i>Mélodies d'Auschwitz</i> Fecha: 1991 (con René Coudy, 1948)		
<i>Ciclo iniciático. Salida del campo</i>	<i>Momentos estructurales</i>	<i>Antes y después</i>
Llegada. Arrestado en París en 1941. Drancy. Transporte (1942). Estupor letárgico. Tatuaje. Ropas. Salida: octubre de 1944. Traslado a Oranienburg, a una fábrica de Dachau. 3 de mayo de 1945: liberación.	Trabajo: músico, armonizador, director. Carrera musical en B. El azar: habla polaco y juega al bridge. Su jefe de barraca le lleva a la orquesta. Cambio de barracón. Prueba: un concierto de Mendelssohn. Evolución de la orquesta: luchas internas, muertes. Relaciones sociales. Los prisioneros funcionarios. La jerarquía y la orquesta. Las relaciones con los más poderosos: mercados, «organizar». Los SK. La revuelta. Los SS y la orquesta. Fiestas de los <i>aristócratas</i>.	Introducción de Vidal-Naquet. Obertura: historia de la memoria. 1: la narrativa en un sólo capítulo (melodías); coda: liberación y regreso a París. Problemas con la censura polaca. Tres partituras.

Autor: Primo Levi Memoria: <i>Si esto es un hombre</i> Fecha: 1987 [1946]		
<i>Ciclo iniciático. Salida del campo</i>	<i>Momentos estructurales</i>	<i>Antes y después</i>
Llegada: marzo de 1944. Captura. Transporte. Monowitz. Tatuaje. Ropas. Salida: liberado por el ejército rojo. Largas peripecias (la Tregua) hasta regresar a Italia.	Trabajo. Varios comandos al aire libre. Químico. Examen de química. Relaciones sociales: con trabajadores civiles, con otros presos. Jerarquía. Griegos, franceses, italianos. Los <i>Kapos</i>. «Organizar». Amistades.	Primera narración por encargo de los rusos. Memoria: nadie la lee. Publicación por la editorial Einaudi, de Turín, y triunfo a partir de los años setenta. Notas sobre su suicidio.

¿Cuál es el sentido de estas secuencias? No es otro que establecer que estas memorias reflejan una pluralidad y varias percepciones del tiempo. En primer lugar, hemos de partir del hecho de que las memorias no se escribieron en el momento en que se producían los sucesos, sino cuando éstos habían terminado, por lo que en todas ellas vemos una oposición entre el «entonces» y el «ahora» que en la narración se suele reflejar en la existencia de dos voces que interpretan lo ocurrido desde el presente. Esta dualidad aparece sistemáticamente en dos de los apartados que, precisamente, parten de una ordenación temporal corriente posterior: el ciclo iniciático/salida del campo y, obviamente, el antes y después.

Ciclo iniciación/salida del campo

Las fechas del inicio (detención, transporte) son conocidas, lo ignorado es adónde los llevan y lo que allí puede ocurrir. Parten de un universo con medidas de tiempo conocidas (la prohibición del reloj era una parte del ciclo iniciático ya en el campo) que allí dejarán de controlar.

Por otra parte, es un ciclo al que se someten, salvo pocas excepciones, todos los internos, y que, también salvo excepciones, abre las memorias recalcando, homogéneamente, el desconcierto inicial que sólo se comprende después. La salida del campo es un proceso inverso: muchos parten de estar en otros campos, tras las agotadoras marchas de la muerte. El caos y la derrota bélica alemana preside todo el periodo final. Pero cuando son «liberados» vuelven a adquirir la cronometría, pueden volver a situar los acontecimientos en una fecha. Por esto, raras son las memorias que no sitúan las fechas de la detención o el día de la liberación.

El antes y el después en la narración

La segunda de las escalas temporales, el antes y después, ya no se muestra de forma homogénea en las memorias, sino que aparece en dos frentes: uno lineal utilizado por narradores que incluyen capítulos explicativos sobre su vida previa y posterior a Auschwitz, o incluso una historia de la memoria o datos procedentes de un conjunto de memorias o de una historia «externa» del campo. En este sentido sería similar al yo del presente que caracteriza la memoria corriente de Ch. Delbo. La memoria corriente sitúa Auschwitz y lo allí ocurrido en una cronología que distingue entre las rutinas de antes y después del campo, y que interpreta el internamiento como un suceso del pasado, que la propia supervivencia ayuda a considerar un episodio más de la vida. Así, se distingue nítidamente entre el yo actual (*auténtico*) y el que vivió Auschwitz. Su efecto

en las memorias es la narración de cierta normalidad en el caos, asegurarnos que existía un continuo con lo familiar de antes y de después.

El segundo frente establecería una relación dialéctica entre el «ahora» y el «entonces», entre el regreso al tiempo cronométrico corriente y el tiempo estructural de Auschwitz. La operación de la memoria a la que Delbo (al igual que muchos otros memorialistas y analistas, como Langer) considera crucial para comprender Auschwitz es la del yo de «entonces», que se manifiesta en lo que ella denomina memoria profunda. Según Delbo, y según podemos apreciar en las memorias, la memoria profunda mantiene el yo de Auschwitz como era «entonces», como un pasado que no es realmente integrable en lo familiar.

Puede resultar paradójico que uno de los máximos investigadores de la Fundación Fortunoff de la Universidad de Yale, cuyo cometido es la recogida de los testimonios orales del Holocausto como es L. Langer (1982, 1991, 1995), utilice siempre como herramientas analíticas las expresadas en las memorias escritas de autores como Delbo, Levi o Améry. O tal vez se deba a las técnicas de recogida de datos y cómo aparece este contraste en las entrevistas donde esta duplicidad del «entonces» y el «ahora» se muestra, en ciertos momentos, de manera central e inmediata.

Langer encuentra en los testimonios orales una escisión entre el yo de ahora y el yo de entonces, si bien introduce un matiz que consideramos muy pertinente: lo que es relevante no es la existencia de las dos memorias, sino la interferencia continúa entre ambas.

Según observa Langer, la mayoría de los entrevistados, «menos preocupados que Delbo con las definiciones exactas del yo», a menudo se muestran atribulados o exasperados (sin saber por qué) cuando las dos clases de memoria interfieren, destruyendo el curso fluido de la narrativa (Langer, 1991: 6). Ésta es una de las máximas dificultades para seguir las entrevistas (y añadiríamos que también las memorias): «la dificultad de narrar, desde el contexto de la normalidad de *ahora*, la naturaleza de la anormalidad de *entonces*, una anormalidad que todavía resurge en el presente para recordarnos su potente influencia» (1991: 22).

¿En qué consiste la anormalidad del entonces?; ¿qué sucesos, que obligatoriamente tenemos que considerar sociales, ocurrían en el tiempo Auschwitz tal y como lo reflejan las entrevistas o las memorias? Langer transcribe una entrevista y su contexto con Moshe S.:

La esposa de Moshe S. [presente en la entrevista] quiere marcharse y acabar la sesión. Y se marcha. Después, uno de los entrevistadores también añade:

—Éste es un buen momento para terminar.

Mientras, Moshe S. pregunta en voz alta:

—¿Quieres oír más?

Otro entrevistador contesta:

—No, acabemos aquí.

Pero el entrevistado quiere seguir y entonces cuenta la historia del prisionero al que mata un *Kapo* por haber comido el pan de un amigo:

Dos chicos compartían una litera. Uno le dice al otro:

—¿Me vigilas el trozo de pan? Voy al aseo.

—Vale —le responde.

Cuando vuelve, no hay pan.

—¿Dónde está el pan?

—Lo siento. Me lo comí.

Así que se lo dice al *Kapo*. El *Kapo* viene y pregunta:

—¿Qué pasó?

—Mira, le pedí que me cuidase el cacho de pan y se lo comió.

El *Kapo* dice:

—Le quitaste la vida, ¿verdad?

Él dice:

—Bueno, le devolveré esta tarde la ración.

Él [*Kapo*] dice:

—No, ¡sal fuera!

Y se lo lleva fuera.

—Túmbate en el suelo.

Le pone una pieza de *Brett* [una pequeña plancha o tablón] en el cuello, y con sus botas [imita la acción con sus manos y pies] ¡bang! en su cuello.

—*Fertig!* (¡acabado!) (Langer, 1991: 27-28).

A pesar de que no existe la inmediatez de las entrevistas, también las memorias dan cuenta de decisiones extremas que siempre se expresan en la dialéctica del entonces-ahora. Pongamos, por ejemplo, lo que les ocurría a las mujeres embarazadas que habían pasado la selección de la rampa, bien porque los nazis no se habían dado cuenta de su estado o porque se hubieran quedado embarazadas en el campo mismo.

Cuenta Olga Lengyel, que prestaba servicios en el hospital, que ellas y sus compañeras sanitarias observaron en la enfermería que tras el parto, «tanto la madre como el niño eran enviados a las cámaras de gas», pero que cuando el niño nacía muerto por prematuro o por otros motivos, las madres regresaban a la barraca. Descubrir esto les planteó una posibilidad de salvar vidas, pero a costa de matar a los niños. Tal decisión que «entonces» parecía «sensata», ahora es una tortura: haber entrado en una suerte moral (oponerse a otros, matando para salvar vidas) para la que las médicas y enfermeras mantienen abierta la dialéctica entre la decisión «racional» de entonces y la falta de asimilación de ahora:

Las cinco encargadas de ayudar a traer estos niños al mundo —al mundo de Birkenau-Auschwitz— sentíamos el peso de esta conclusión mons-

truosa que rompía con toda ley humana o moral. [...] Un día decidimos que ya habíamos sido débiles mucho tiempo. Deberíamos salvar por lo menos a las madres. Para conseguirlo tendríamos que hacer pasar a los niños por prematuros muertos en el parto. Desde entonces cuando nos decían que una mujer había comenzado los dolores del parto durante el día, no la llevábamos a la enfermería. La tendíamos en una manta en una de las *Koias* inferiores de la barraca en presencia de sus vecinas. Si los dolores comenzaban por la noche nos atrevíamos a llevarla al hospital, porque por la noche podíamos actuar sin que nos observaran... Desgraciadamente la suerte del bebé siempre era la misma. Tomando todo tipo de precauciones, le tapábamos las ventanas de la nariz y cuando abría la boca para respirar, le dábamos una dosis de un producto letal. Una inyección hubiese sido más rápida, pero el pinchazo dejaría huellas y no nos atrevíamos a que los alemanes sospechasen la verdad. Colocábamos al niño en la misma caja que habíamos traído de la barraca. A efectos de la administración del campo había nacido muerto.

Y así es cómo los alemanes lograron hacer de nosotras mismas unas asesinas. Hasta el día de hoy, me persigue la imagen de estos niños asesinados. Nuestros propios niños habían muerto en la cámara de gas, habían ardo en los hornos de Birkenau y nosotras arrebatamos la vida de otros antes de que sus pulmones hubiesen emitido sus primeros gritos (Lengyel, 1983 [1947]: 99-100).

En el tiempo Auschwitz una profesional de la medicina tenía que enfrentarse al dilema moral de intervenir, de tomar una decisión sobre la vida de la madre y la muerte del recién nacido. Esta decisión, planteada como un acto de resistencia o al menos de transgredir el orden nazi, introducía de lleno a la memorialista en la zona gris, en la suspensión de la moralidad de su práctica médica anterior y posterior: matar a un niño sano para brindarle una oportunidad de supervivencia a la madre. Participar en ese dilema, en esa suerte moral entraña la paradoja de una práctica extraordinaria que en Auschwitz era ordinaria. De ahí que la narración exprese la dialéctica entre la actuación transgresora de «entonces» y la tortura de «ahora». Similarmente a Moshe S., que no puede asimilar al «ahora cotidiano» un orden social en el que la acción del *Kapo* sería considerada como algo perteneciente a la justicia del campo, O. Lengyel no puede incorporar a su presente el infanticidio practicado a los niños de Auschwitz.

Momentos estructurales

La descripción que se hace en las memorias (o en los testimonios orales transcritos) donde se nos cuenta no el diseño (la jerarquía de los campos, los *Kapos*, el trabajo), sino cómo se daban las relaciones sociales dentro de ese diseño, ocupa ese dominio que hemos denominado en

Los miembros de los SK, jóvenes y bien alimentados, representantes de la zona gris por excelencia, sobrevivían unos meses consumiendo grandes cantidades de alcohol y tranquilizantes, antes de que un nuevo comando les reemplazase:

Tenían una tendencia general a sufrir trastornos nerviosos, porque soportaban el tremendo peso de saber que sus hermanos, sus esposas, sus padres —toda su raza— estaban pereciendo aquí. Día tras día, cogían miles de cadáveres y los llevaban a los hornos del crematorio, donde con sus propias manos los introducían para incinerarlos⁹ (Nyzsli, 1960: 71).

Entre los más extraños acontecimientos que reseña Nyzsli, destaca el de un atardecer en que observó asombrado cómo, en medio de dos hinchadas que jaleaban a sus seguidores, un equipo de *Sonder* disputaba un partido de fútbol con los SS (1960: 68).

CIRCULACIÓN DE BIENES

El diseño del antagonismo entre prisioneros de que partía la administración programada por las autoridades del campo, se sustentaba, como hemos visto, en una jerarquía que establecía material y simbólicamente la desigualdad entre los prisioneros en cuanto al acceso a recursos y posiciones se refiere. Las diferencias entre los prominentes y los prisioneros corrientes o los «musulmanes» en cuanto al acceso a los recursos eran tales que casi podríamos permitirnos describirlas en términos de una clase de poseedores y una de desposeídos. Pero sería sólo una analogía, porque, estructuralmente, el término clase (ya sea definido desde un punto de vista marxista o weberiano) está relacionado con la reproducción social, y lo que hace su uso inaplicable en la situación extrema de Auschwitz era que ésta no se producía: lo que era estable era el diseño de rangos en la jerarquía, no la permanencia en los cargos de los prisioneros concretos, cuyas acciones estaban encaminadas a sobrevivir, aun a costa de quienes no lo lograban. Es cierto que los mejor alimentados y vestidos aristócratas tenían más probabilidades de sobrevivir, pero

9. Cada cuatro meses, aproximadamente, los SS ejecutaban a los miembros de este comando y los reemplazaban por otros, cuya primera tarea era incinerar a quienes les habían precedido. El 7 de octubre de 1944, pensando que se acercaba su fin y tras haberlo preparado concienzudamente, varios miembros del SK se rebelaron, se enfrentaron a los SS con las armas que habían conseguido en la fábrica Union de Auschwitz, y quemaron e inutilizaron los hornos crematorios 3 y 4. Más de cuatrocientos prisioneros murieron en la revuelta, entre ellos Z. Gradowski, autor de un manuscrito enterrado cerca del crematorio (Greif, 2005: 18-78; Gradowski, 1992).

ellos mismos también caían en desgracia, enfermaban en las epidemias, o perdían sus cargos en los feudos, intrigas o inspecciones periódicas que hacían los SS en el campo.

La separación de lugares para «organizar» tenía que ver con los riesgos que se corrían según la magnitud de los bienes y el rango de los que intervenían. «Organizar» y poseer cosas estaba prohibido y en el caso de algunos bienes (oro, joyas, divisas), castigado con la muerte. Por tanto, en el intercambio de objetos había dos momentos peligrosos: el de la apropiación y el del transporte oculto a un lugar donde intercambiarlo. Así que para minimizar estos riesgos existían distintas estrategias, cuya aplicación dependía, una vez más, del lugar que se ocupara en la jerarquía y de la pericia en «organizar».

Lugares de intercambio

La mayor parte de los pequeños intercambios entre prisioneros corrientes tenía lugar cuando, «después de la llamada de la tarde y antes de que se apaguen las luces, pequeños grupos de detenidos en trajes rayados, se reúnen en las esquinas más discretas del campo para ‘organizar’ lo que puedan. Se dispersan en un tiempo récord a la vista de un uniforme» (Laks, 1991: 104).

También en los alrededores de *Kanada*, de las cocinas, o en las proximidades del crematorio, los prisioneros se aproximaban a ver si podían «organizar» algo. Podían ser muy pequeñas transacciones, como las que se pretendía tener con los empleados de *Kanada*:

Había un tipo de mercado ilícito en el lado de uno de los barracones entre las chicas de *Kanada* que tenían mercancía sisada de los paquetes y las mujeres de los trabajos agrícolas que lograban camuflar en los controles alguna zanahoria y nabos. Las verduras frescas eran tesoros reales para todos. Estábamos cortos de vitaminas y esas verduras eran más esenciales que la carne. Había una multitud, como en cualquier mercado, con algunas mujeres sentadas en el suelo, otras de pie y, a menudo, había largas discusiones. Pero la transacción física real tenía lugar en un instante, era como un parpadeo en el que el trozo de pan, la zanahoria cubierta de tierra volaban de una mano a la otra. Los mensajeros vigilaban: en cuanto veían una gorra SS daban la alarma y las mujeres se dispersaban como una bandada de estorninos. En un segundo todo desaparecía, vendedores, compradores y sobre todo, la mercancía (Fénelon, 1977: 178).

Sin embargo, el lugar más tranquilo para «organizar» eran las letrinas, como cuenta la doctora Perl de las del campo de mujeres:

La letrina —sin agua, desde luego— era uno de los lugares más importantes: era nuestro salón comunal, el centro de nuestras actividades so-

ciales y de noticias [...], era también nuestro mercado negro, nuestro edificio de intercambio de mercancías. Aquí se podía comprar pan con tu salchicha, margarina con tu pan, intercambiar comida, zapatos, una prenda de ropa «por amor». [...] La letrina también servía como «nido de amor» para hombres eminentes, maestros en los tratos que «organizan» venir a limpiarlas¹⁰ (Perl, 1979: 77-78).

En el campo de los hombres, también las letrinas era el lugar favorito:

Existe un lugar más desierto y mucho más seguro para todo tipo de transacciones, donde nadie vendrá a importunar a los traficantes. Son las inmensas letrinas situadas en el extremo del campo, en un barracón que por fuera se parece a todos los demás y puede contener a seiscientos clientes a la vez. Es ahí donde se realizan las transacciones más diversas, donde se puede intercambiar no importa qué por no importa qué. Las letrinas del campo son un mercado de lo robado, un bazar, un rastro, la guarida del *lumpemproletariado* (Laks, 1991: 105).

Una parte de las letrinas estaba separada y reservada a los aristócratas del campo, y en ella tenían lugar las transacciones más importantes, que no estaban al alcance de la gran masa de los internos:

Una pequeña pieza, separada del resto de las letrinas por un sólido tabique, está reservada a los *Prominente*, a los *Kapos*, a los jefes de barracón, a los escribas, a los almacenistas. El común de los mortales no osa franquear ese lugar reservado. Existen diversas formas de *apartheid* (1991: 106).

Las transacciones entre prominentes se asemejan más a un mercado negro, que, como decía Nahon, «es el privilegio de la clase alta de los convictos, llamados aquí *Prominenten*, principalmente *Kapos* y jefes de barracón. Para comenzar en el mercado negro uno debe tener dinero de trueque, esto es, monedas de oro, diamantes o piedras preciosas» (Nahon, 1989: 61).

Según muchas memorias, en las transacciones entre prisioneros desfavorecidos o recién llegados, el patrón de valor era el pan de la ración, como decía Tedeschi, la forma menos rentable de «organizar». Subiendo un poco la escala, el cigarrillo era el patrón de valor y el medio de cambio, si bien los *precios* estaban sujetos a fluctuaciones, en función de la llegada de convoyes y la época. Muchas memorias de prisioneros corrientes ignoran la existencia de algo mínimamente parecido a un

10. Es decir, se «organizaban» un trabajo para poder acceder al campo de las mujeres y mantener unas «relaciones sexuales sin alegría en las que el cuerpo se convertía en la mercancía con la que pagaban los bienes que necesitaban y que los hombres lograban robar de los almacenes» (1979: 78).

mercado de precios. De hecho, las menciones concretas a precios no nos permiten atisbar ni el momento ni la estabilidad del valor, porque se expresan en lo que hemos denominado tiempo Auschwitz. Así, por ejemplo, cuando el músico Simon Laks fija el precio de una hogaza de pan en unos doce cigarrillos, de un reloj entre ochenta y doscientos, o de un litro de alcohol, en unos cuatrocientos, matiza «todo esto en tiempos ‘normales’, es decir, cuando el flujo de candidatos al gas se desarrolla a un ritmo regular» (Laks, 1991: 102). Para Olga Lengyel:

[...] los precios estaban determinados por la escasez de mercancías, lo inadecuado de las raciones y los riesgos que se corrían en obtener un artículo. Por tanto, no resultará sorprendente que una libra de margarina valiese 250 marcos de oro o unos 100 dólares; un kilo de mantequilla, 500 marcos; un kilo de carne, 1.000 marcos. Un cigarrillo, 7 marcos. Desde luego sólo unos pocos prisioneros podían permitirse esos lujos. Los funcionarios o los de *Kanada* siempre tenían los medios. Tenían que hacer contactos con los que trabajaban fuera del campo o con los guardias mismos para intercambiar sus bienes por dinero o por mercancías escasas. En estos dobles cambios perdían mucho. A veces una joya preciosa se cambiaba por una botella de vino ordinario (Lengyel, 1983: 46).

Las grandes transacciones en las que participaban los aristócratas y miembros de las SS o trabajadores civiles tenían lugar o bien en los barracones de trabajo, o bien en los habitáculos privados de los privilegiados del campo. En estos casos se intercambiaban favores para los prisioneros contra bienes de lujo como diamantes, divisas, relojes, vodka y alimentos. Uno de los testigos privilegiados (por su posición y por la duración de su reclusión en el campo), el músico Simon Laks, recuerda en sus memorias:

Estas manipulaciones constantemente conducidas a una escala inimaginable, dieron poco a poco nacimiento a un mundo económico y social en el recinto del campo, con sus grupos de privilegiados y de desfavorecidos, con un comercio «interior» y un comercio «exterior», y un mercado de curso fluctuante. [...] El precio de cada artículo estaba fijado en cigarrillos. Cuando había mucha afluencia de bienes, había inflación y los precios bajaban en proporción. Una penuria de «combustible» entrañaba aumentos inevitables y ciertos «comerciantes» recortaban los precios en medios e incluso en cuartos de cigarrillos. Las colillas también se buscan y también tienen su precio. [...] Todo esto se desarrolla bajo los ojos voluntariamente distraídos de los SS de toda graduación quienes se beneficiaban igualmente de la generosidad de los detenidos (Laks, 1991: 102-103).

El término «organizar» engloba una amplísima gama de transacciones y situaciones sociales. Recorre todo el espectro de la reciprocidad

negativa, desde las distintas clases de robo hasta el trueque, si consideramos tal el doble mercado (externo e interno), caracterizado por la utilización de varios patrones de valor. Pero esta reciprocidad negativa coexiste, merced a las relaciones sociales generadas en el propio campo, con la existencia de pequeños grupos de ayuda mutua formados regularmente con la intención de «organizar» con más eficiencia, e incluso con instituciones, como el hospital, que se alimentan de donaciones. En el punto de intercambio que se formaba en el exterior de los pabellones de *Kanada*, Rudi Vrba describe la circulación de personas:

Alrededor del bloque estaban los hambrientos. Los de *Kanada* miraban sus caras buscando amigos o parientes a quienes separaban y les donaban restos de comida. Los médicos del campo, ellos mismos prisioneros, estaban allí, buscando drogas, medicinas que pudiesen ayudarlos en su desesperada tarea. Las obtenían porque todo hombre de *Kanada* sabía que cualquier día podía acabar en el hospital y necesitar desesperadamente un amigo (Vrba, 1964: 164).

Es fácil comprender a partir de todo lo anterior que la «organización» comprendía un amplio espectro de intercambios. Por una parte, su base serían transferencias de bienes que podemos considerar exponentes de la reciprocidad negativa, como pueden ser, por ejemplo, el robo, el chantaje, la pérdida generalizada de cosas o la mendicidad; pero también existían intercambios bilaterales, de tipo trueque o mercado negro.

Las relaciones sociales surgidas en el campo también eran de distintos tipos: aunque el tono dominante fuese el dominio violento, la hostilidad, el conflicto y la rivalidad depredadora, el antagonismo no era incompatible con que también surgieran pequeñas alianzas entre grupos muy reducidos («familias» o amigos) de prisioneros en las que dominaban otras facetas de la reciprocidad. Los grandes aristócratas también mantenían alianzas con otros notables (por ejemplo, las redes de favores entre triángulos rojos políticos, o las de los verdes con viejos conocidos de las cárceles), con trabajadores civiles, o en algunos casos con miembros de las SS, así como incipientes relaciones de tipo patrón-cliente con sus subordinados o protegidos. Sin embargo, lo extremo de la situación que se vivía convertía cualquier relación en inestable y provisional, y, la mayoría, en anónimas y dispersas.

Pero es conveniente que nos detengamos en establecer la conexión existente entre las relaciones sociales producidas en el sistema concentracionario, a través de las cuales circulaban los bienes y servicios «organizados» y las circunstancias materiales que hacían necesario «tomar» o «quitar» cosas y servicios.

Bases materiales de la «organización»

La iniciación de un prisionero al campo de Auschwitz se produce mediante el ciclo ritual de llegada en el que el prisionero es despojado de todas sus ropas, calzado, paquetes, joyas, objetos personales, cabellos, e incluso de su nombre. Luego le darán un uniforme desparejo o ropas ya usadas y unos zuecos de madera. Un prisionero no podía poseer ningún objeto personal: si alguno ha logrado ocultar una fotografía de sus seres queridos y ésta es descubierta por algún *Kapo*, jefe de barracón o guardián, el prisionero no sólo perderá su recuerdo, sino que será severamente golpeado. Durante el primer reparto de sopa el prisionero observará que los otros tienen cucharas y escudillas, y ellos no: las han «organizado». Sin embargo, los artículos «organizados» no permanecen en las mismas manos durante mucho tiempo. Estaba prohibido poseer cosas y había revisiones periódicas en las que los prisioneros no informados (la mayoría) perdían los objetos que tanto trabajo les había costado conseguir. Cuando, a partir de 1942, se obligaba a todos los prisioneros a despiojarse para prevenir las epidemias de tifus, los prisioneros corrientes que ignoraban cuándo se iba a producir la desinfección, perdían una vez más todas sus propiedades (como nos cuentan los veteranísimos Szmaglewska o Kielar).

Toda posesión de objetos estaba prohibida, pero era necesario proveerse de algunos para subsistir. Hemos visto el ejemplo de las escudillas y las cucharas. En el caso de los hombres estaba prohibido tener cuchillas de afeitar, pero tenían que ir afeitados.

Hay dos tipos de objetos sobre los que gira la mayor parte de las transacciones y la «organización»: alimentos y ropas. En cierto sentido, podemos decir que para el prisionero corriente estos dos elementos eran el universo de las elecciones posibles; pero también lo era para los aristócratas que fueron creando a partir de estos dos ámbitos una esfera de bienes de lujo y prestigio.

Alimentos

Todas las memorias están llenas de referencias a la comida, o más bien a su falta: desde los relatos de lo que V. Frankl llamaba «masturbación gástrica» (hablar sobre recetas o comidas imaginarias) hasta la pericia, la habilidad o la suerte necesaria para «organizar» una ración extra de alimentos.

La comida que recibía un prisionero de Auschwitz no era suficiente y el agua no era potable. Tras la liberación, muchos de los médicos prisioneros escribieron artículos e incluso tesis doctorales sobre los efectos del hambre en los campos de concentración. El cálculo de las calorías diarias

que aportaba la dieta del campo se estima que era de entre 900-1.100 (según las normas oficiales alemanes deberían de ser entre 1.500-1.800), lo cual explicaría no sólo la severa desnutrición general, sino también la amenorrea en las mujeres que ellas asociaban a que los alemanes echaban «polvos» en la sopa.

Si a esta falta de alimentos le añadimos el agotamiento por las largas jornadas de trabajo y los terribles inviernos de la Alta Silesia, comprenderemos por qué aun prisioneros que lograban «organizar» comida perdían entre el 30 y el 40 % de su peso. El hambre y la escasez de alimentos y cómo «organizarlos» es una constante de las memorias. La descripción de la comida diaria se ajusta a la que hace el doctor Nahon:

Por la mañana café, una mezcla marrón e insípida, casi siempre sin nada de azúcar. Al mediodía sopa: un cuarto de litro de agua con unas zanahorias, o más a menudo, nabos, a veces con algo de cebada, y más raramente, con unos guisantes. Por la noche pan y, según el día, una pieza de salchicha, margarina, mermelada o un pequeño trozo de queso. De vez en cuando, un sucedáneo de leche en lugar de café, que provocaba diarrea. El pequeño trozo de carne, al cual, aparentemente, tenemos derecho de vez en cuando, lo roban en las cocinas los privilegiados. Dos veces por semana nos dan una ración extra que se llama *Zulage* o *Bonus* de pan y salchicha (1989: 61).

A la escasez de los alimentos contribuía el hecho ya señalado de que en todo el proceso distributivo tanto los empleados de las cocinas como los jefes de barracones y sus auxiliares iban «organizando», de tal forma que las raciones que llegaban a los prisioneros siempre eran inferiores a las que salían de las cocinas.

Ropa y calzado

Paralelamente a la insuficiencia de alimentos, la ropa y el calzado que les daban a la llegada era insuficiente para las condiciones extremas del clima. Los zuecos de madera no servían para andar largas distancias, y hay que tener en cuenta que la masa de recién llegados, salvo excepciones dominadas por el azar o por la necesidad de especialistas (médicos, músicos, obreros especializados), eran destinados a los peores *Kommandos* (los llamados exteriores, que además de trabajar al aire libre estaban a varios kilómetros del campo). Por tanto, una de las primeras dificultades que tenía que resolver el prisionero era hacerse con buenos zapatos y ropas de abrigo. La siguiente era mantener una higiene imposible y una lucha continúa contra los piojos y las pulgas. En general, la «tarde libre» de los domingos se utilizaba intentando lavarse las ropas, tarea que en Birkenau era casi imposible por la escasez de agua.

En torno a las ropas y al cuidado de la apariencia se creó una esfera de lujo y distinción que se correspondía con el ascenso en la jerarquía del campo. Algunos privilegiados llevaban uniformes especiales (por ejemplo, las trabajadoras de *Kanada*, las de Siemens, o las músicas). Los grandes aristócratas llevaban el traje rayado hecho con tejidos y cortes especiales, en contraste con los recién llegados que, a partir del 44, iban vestidos con ropas andrajosas, pero que no eran uniformes. La jerarquía del campo se mostraba visiblemente en el aspecto y en cómo iba vestido el prisionero. Como dice el doctor Klein:

Había grandes diferencias en la calidad de los tejidos y en los cortes. La gran ambición de todo detenido era cambiar progresivamente los primeros harapos por ropas más decentes. Para lograr esta transformación no era necesario cometer crímenes, bastaba con un poco de astucia y, como en todas partes, contar con la ayuda de amigos devotos, veteranos habitantes del campo. Un rayado andrajoso dejaba al detenido en las manos vengativas de sus camaradas y de sus vigilantes. Los andrajosos iban con más facilidad a los peores *Kommandos* que los que tenían una apariencia cuidada. Lo mismo ocurría con los zapatos: si había que andar era necesario conseguirse unos nuevos (*Temoignages Strasbourgeois*, 1954 [1945]; Marc Klein: 436-437).

A veces el propio ascenso obligaba a hacerse con ropas especiales, como le ocurrió a Olga Lengyel cuando empezó a trabajar en el hospital:

El trueque era un resultado natural de las condiciones locales. No era difícil tomar parte. Yo pagué con mi ración de pan de ocho días la tela con que hacerme una blusa de enfermera. También tuve que pagar tres sopas para que me la cosiesen. Comida o ropa era un eterno dilema (Lengyel, 1983 [1947]: 78-79).

Cuando Suzanne Birnbau empieza a trabajar en el almacén de las patatas, uno de los mejores sitios para «organizar», se da cuenta de que el aspecto influye para mantener el puesto:

Desde mi llegada al *Kommando* de las patatas comprendo que vestir correctamente y una apariencia cuidada influye mucho en los jefes¹¹. He decidido, porque me lo puedo «organizar» gracias a las patatas, vestirme cuanto antes lo mejor posible. He adquirido un delantal, y un chal estampado.

Algo similar ocurre con los productos de higiene, sobre todo el jabón (y en el caso de los hombres, las cuchillas de afeitarse):

11. Mientras trabaja en este *Kommando*, está directamente bajo las órdenes de SS alemanes.

Debo decir que mi primera adquisición con mis primeras patatas «organizadas» había sido un trozo de jabón, y todas las noches, porque era el único momento en que los lavabos estaban libres, me lavaba de los pies a la cabeza... (Birnbau, 1989 [1946]: 87).

Trabajo y alojamiento

Una de las condiciones fundamentales para sobrevivir era el tipo de trabajo desarrollado. Las diferencias entre unos comandos de trabajo y otros eran inmensas, como le explicaba el antiguo prisionero B. Kautsky a H. Langbein (1975: 21): «Cuando se habla de un campo, no basta con dar el nombre, no basta con decir la fecha: los detenidos vivían en planetas diferentes según el trabajo que debieran hacer».

La mayoría de los memorialistas narra, como hemos visto, su búsqueda de mejoras en los puestos de trabajo para lograr sobrevivir. Pero el trabajo también se podía «organizar», unas veces gracias a los pequeños grupos de amistades o contactos con prisioneros conocidos; otras, sobornando a los prisioneros funcionarios:

El *Arbeitsdienst* toma las decisiones siguiendo criterios desconocidos, a menudo basándose abiertamente en el favoritismo y la corrupción, de manera que si alguien consigue hacerse con algo de comer puede estar prácticamente seguro de obtener un buen puesto en la Buna (Levi, 1987: 37-38).

Del mismo modo, la «organización» también ayudaba a conseguir los mejores sitios dentro de un barracón.

Por una parte, los mejores trabajos disponían de barracones especiales. Cuenta Szmaglewska en su memoria que, cuando llegó a Birkenau, las chicas de Efinger (es decir, las *Kanada*) vivían en una barraca de madera con todas las privilegiadas, como las poderosas cocineras, las de las patatas, el personal de la *Schreibstube* (registros), del departamento político o del *Brotkammer* (almacén de pan). Pero, más adelante, cuando la llegada continua de prisioneros convertía los barracones en lugares mezclados y hacinados, los jefes de barracón eran los primeros interesados en contar entre sus seiscientos u ochocientos prisioneros con trabajadores bien situados en el mundo de la «organización»:

También podíamos ofrecer patatas a la *Blocowa* o a la *Sztubowa*, ganando así sus favores, evitar trabajos forzados y ser mejor consideradas. [...] Y las numerosas *Blocowas*, *Sztubowas*, secretarías y enfermeras de todos los bloques que disponían de fuego, eran buenas clientes, contentas de añadir a sus menús, las patatas salteadas en la margarina que nos roban (Birnbau, 1989 [1946]).

Pero además la estructura de los barracones proyectaba espacialmente la jerarquía existente: por una parte los jefes de barracones disponían de espacios privados y podían dormir en camas individuales; por otra, los prisioneros corrientes tenían que compartir las *Koias*, literas de tres pisos. En su descripción de la primera barraca en que residió en el otoño de 1942, Szmaglewska cuenta la estructura de tres pisos de las literas, cada una ocupada por un número variable de personas: las inferiores son las peores, porque son más húmedas, frías, oscuras, carecen de espacio para incorporarse, y por la noche merodean las ratas. Las del medio están un poco mejor, pero tampoco tienen espacio para incorporarse, mientras que las superiores, con más luz y más espacio, son las mejores, según todos los memorialistas.

Enfermedades, hospitales y selecciones

La mayoría de las memorias corrientes sólo mencionan el hospital cuando han tenido alguna enfermedad grave. Si esto ocurría en los primeros tiempos de Auschwitz, bajo el mandato de Höss, el prisionero intentaba evitar el hospital a toda costa. Como dice Szmaglewska, recordando los tiempos de su llegada, «nadie va al hospital voluntariamente». Las enfermedades más corrientes en el campo eran la disentería, la desnutrición, la malaria, la tuberculosis y las heridas graves infectadas causadas por las mordeduras de perros, los golpes y las picaduras de insectos. Pero en el invierno del 42-43 hubo una terrible epidemia de tifus, originada, según decían, por los prisioneros de guerra rusos. Para no nombrar el tifus, que les enviaría al hospital y a una selección, las prisioneras hablaban de *fiebre rusa*.

Los judíos, en esta primera época, no podían acudir al hospital; los polacos disponían de una enfermería atendida por médicos-prisioneros polacos, que carecían de medicinas y recomendaban a los enfermos que saliesen del hospital en cuanto tuviesen fuerzas, si querían evitar que una selección les enviase a la cámara de gas.

En estas condiciones, la epidemia de tifus se propagó por todo el campo, y la mortandad afectó también a algunos guardias SS. A la marcha de Höss en el 43, para combatir las epidemias y sus contagios, la nueva administración del campo decidió escoger en la rampa a médicos y enfermeros prisioneros con la misión de incorporarlos a los hospitales (*Revier*). Además se toman algunas medidas higiénicas, como obligar a que los prisioneros desinfecten sus ropas de piojos y de liendres cada cierto tiempo.

Desde entonces, la estancia en los destartalados barracones-hospitales ya no equivale a la muerte, como en los primeros años del campo, aunque persistiesen las temidas selecciones. El hospital de prisioneros

seguía las mismas pautas administrativas que los demás barracones: los prisioneros-funcionarios no eran los médicos ni los enfermeros, sino privilegiados que tenían a sus órdenes a médicos y enfermeros. Los jefes del barracón-hospital incluso «organizaban» estancias en el hospital, como curas de reposo, para otros notables del campo.

La mayoría de los médicos y enfermeras procuraron aliviar con los pocos medios de que disponían (las medicinas también tenían que «organizarse») las enfermedades de los pacientes y evitarles, si era posible, las selecciones. Cuando Levi acude al hospital de Monowitz en el 44, considera la vida en el hospital el limbo, «las incomodidades materiales son relativamente pocas aparte del hambre y de los dolores propios de la enfermedad. No hace frío, no se trabaja y, de no cometer alguna falta grave, no pegan» (Levi, 1987: 53).

Artículos de lujo

Si bien los prisioneros corrientes no tenían acceso a artículos de lujo, el oro, las joyas, los relojes o las divisas eran una necesidad para los que intercambiaban productos y favores con los SS o con los trabajadores civiles. Estos artículos sólo circulaban entre los grandes «organizadores» y aristócratas del campo que fueron creando, como ya hemos dicho, una esfera suprema de bienes de prestigio que iban desde prendas de ropa, perfumes lujosos, alimentos y bebidas selectas, hasta las redes sociales que les permitían disponer de criados personales, amantes o, incluso, en algún caso, contar con la ayuda de otros notables y guardianes SS para «organizar» evasiones.

Uno de los lujos de los aristócratas era la «organización» de grandes fiestas, como la que hemos visto que celebraron Kielar y otros compañeros del primer transporte de presos polacos para conmemorar su cuarto aniversario en el campo. En otros casos, los notables celebraban banquetes a los que invitaban a otros colegas e incluso a algún SS. Como hemos tratado en otro lugar (Moreno, 1997), los músicos llegaron a tener una nutrida clientela de prominentes cuando la música, convertida en capital simbólico, se «organizaba» para amenizar fiestas. A cambio, los músicos y el director recibían paquetes de alimentos y cigarrillos con los que, a su vez, aumentaban sus posibilidades de supervivencia, y consolidaban su posición.

Según cuenta Simon Laks, la orquesta tenía encargos para celebrar los aniversarios de los aristócratas. Los tres o cuatro músicos contratados iban al amanecer al bloque del notable al que «sorprendían» con una marcha triunfal o con una alborada. El homenajado les hacía algunos regalos. En ocasiones especiales, si se trataba de un *Kapo* muy importante, cuando su *Kommando* salía a trabajar, la orquesta interrumpía

la pieza que estuviese tocando para interpretar una marcha triunfal en su honor.

Después de la llamada a formación nocturna continuaba la fiesta: un grupo de músicos, más numeroso que el de la mañana, se dirigía a las habitaciones privadas en la barraca del privilegiado y, después de compartir comida y bebida, tocaban melodías, casi siempre alemanas, mientras se evocaba la vida anterior. A veces llegaba algún SS que se incorporaba a la fiesta.

RELACIONES SOCIALES, JERARQUÍA Y «ORGANIZACIÓN»

Como ocurre en todo sistema social cuya base estructural es la existencia de jerarquías rígidas, éstas eran a la vez el mecanismo social que regulaba la circulación de poder y bienes en todo el campo. Es decir, la distribución de bienes no circulaba por igual entre todos los habitantes del campo sino que los bienes y servicios de lujo circulaban entre autoridades SS, trabajadores civiles y algunos prisioneros privilegiados siguiendo las líneas jerárquicas existentes; mientras que existían otras redes de circulación de alimentos, ropas y otros objetos entre los prisioneros situados en las escalas inferiores.

Al analizar la «organización», o más estrictamente «tomar» como forma inicial de la circulación de bienes podemos distinguir claramente cuatro situaciones distintas:

Tomar de otros prisioneros

Se trata de pequeños hurtos para autoconsumo, pero muy generalizados. La forma expresa que revisten es el anonimato. El riesgo a evitar es que se sepa quién fue. Aunque pueda parecer chocante después de lo que llevamos dicho, el robo estaba severamente castigado, incluso con la muerte, sin embargo, como a menudo se trataba de robos de comida que se consumían inmediatamente, las posibilidades de que alguien se enterase eran escasas.

Tomar de otros prisioneros de diferente rango

Se trata de robos de unos prisioneros a otros en los que la acción está establecida por la jerarquía: por ejemplo, el robo de alimentos en todo el proceso de distribución desde las cocinas hasta el barracón permanece invisible, excepto para los prisioneros corrientes. A diferencia del caso anterior, los que toman son conocidos por todos, pero se escudan en la autoridad y en el reparto desigual del poder. Porque siempre se

MADemoiselle FIFI EN AUSCHWITZ

«¿Quién
 Jadea en este
 Cuadrado de sombras,
 Quién, entre ellos
 Brilla de pronto, brilla de pronto, brilla de pronto?»

Paul Celan, *Cambio de aliento*¹

La validez de memorias como las que estamos utilizando en nuestro análisis radica en el reconocimiento o, si se prefiere, en el pacto que se establece entre autores y lectores, de que la legitimidad de la historia proviene de que el narrador o la narradora ha vivido el suceso. Como fuentes etnográficas, se asimilan a las historias de vida y sus conocidos problemas metodológicos en las distintas tradiciones de las ciencias sociales (Lejeune, 1980; Devillard, Pazos y Castillo, 1995; Baer, 2005: 33-63).

En este capítulo final, queremos dar un paso más y adentrarnos en los relatos que dan cuenta de lo extraordinario o, más bien, de lo que nuestros memorialistas consideran fuera de lo corriente en aquella situación extrema. Nos referimos a la repetición en las memorias de ciertas historias legendarias, que circulaban por los campos como un paradójico y mítico contraste con la ambigüedad de la zona gris y de las relaciones sociales habituales, que, como hemos visto, forman un capítulo particular de aquella historia universal de la infamia que Isaiah Berlin había caracterizado como «el fuste torcido de la humanidad».

LA BELLA BAILARINA:
 VARIACIONES SOBRE UN TEMA LEGENDARIO DEL *LAGER*

Este relato trata de una mujer —bellísima— que, antes de morir en la cámara de gas, logra arrebatar su arma a un SS, dispararle y, finalmente,

1. Trad. de Felipe Boso, Madrid, Cátedra, 1983.

darse muerte a sí misma. Las numerosísimas variantes de la narración confluyen en el carácter unívoco que se le atribuye a la muerte de la protagonista por su propia mano: el contrapunto épico del morir matando, frente a la monotonía industrial de la aniquilación cotidiana. Pero veamos primero las variaciones más significativas, para analizar después qué nos indican:

Memorias de perfil literario

Si bien es cierto que toda memoria tiene una forma narrativa y, por tanto, es literaria, nos referimos a aquellas memorias, cuyos autores, antiguos prisioneros de Auschwitz, dan a sus rememoraciones autobiográficas forma de cuento o de narración breve que establece ciertas diferencias formales y estilísticas con las memorias convencionales. De entre ellas destacan las de dos grandes escritores, Tadeus Borowski, y Sara Nomberg-Przytyk. Veamos sus variaciones, comenzando por esta última autora.

Versión de Sara Nomberg-Przytyk

«La venganza de una bailarina» (1985: 107-109) es uno de los capítulos del libro de Sara Nomberg Przytyk, *True Tales from a Grotesque Land*².

La historia transcurre una noche de julio del verano de 1944. La narradora, prisionera en Birkenau, oye disparos y se despierta. Intrigada, sale del barracón antes del amanecer y va a la vecina enfermería para preguntar a una amiga qué había ocurrido. Allí se encuentra con una joven francesa, muy desorientada y que permanece en silencio, hasta que las enfermeras del *Kommando* sanitario localizan a una prisionera que habla francés. Con la voz de la traductora, la joven les cuenta la siguiente historia sobre su transporte y su llegada:

En mi compartimento había mujeres con niños y una joven bailarina de París. Era una mujer extraordinariamente bella, muy amable y educada que ayudó a las madres a entretener a los niños. Como hacía mucho calor todas llevábamos trajes de baño. La bailarina llevaba uno de dos piezas.

En esta versión de Sara Nomberg-Przytyk el suceso extraordinario tiene lugar en el andén de la estación ferroviaria del campo. Como quien cuenta lo ocurrido a la narradora es una joven francesa (testigo de

2. Aunque escrito originariamente en polaco, nunca llegó a publicarse en este idioma, sino en su traducción inglesa.

los hechos en el relato), la historia tiene muchos ingredientes de relato dentro de relato. Como vínculo con la literatura testimonial se mantiene la primera persona que utiliza tanto la narradora, como la francesa recién llegada y testigo de los hechos:

«Teníamos que avanzar completamente desnudos: hombres, mujeres y niños. La bailarina, todavía con el traje de baño puesto, caminaba a mi lado. Era la única que no se había desvestido. Un SS, que parecía ser el comandante de los guardias, se acercó a ella tranquilamente: ‘Preciosa, quítate el traje’, mientras se acercaba más y más a ella. De repente, con un rápido movimiento, ella le cogió la pistola y le disparó un tiro. Después, retrocedió tres pasos y disparó a los SS que corrían por todas partes. Se reservó la última bala para sí misma. Cayó al suelo. El pánico era extraordinario. Oíamos gritos y disparos en todas las direcciones. No podíamos correr porque estábamos desnudas y no conocíamos el campo. Yo estaba de pie al lado de la heroína muerta y no sabía qué hacer. De repente, sentí que alguien me cogía de la mano y me tiraba un vestido. Entonces, me empujó, me llevó a una puerta y finalmente me dejó aquí. Era un soldado alemán. No me dijo ni una sola palabra.»

Ésta era la historia de la joven francesa, que escuchamos como si fuese música celestial.

—Así es como se muere —dijo Magda.

El final del relato, ya en la enfermería del campo y con los protagonistas habituales de sus grotescas historias es inusual en el tiempo Auschwitz: se glosa, como si fuese música celestial, una manera de morir heroica y ejemplar. Es decir, una muerte no propia o perteneciente a Auschwitz.

Versión de Tadeus Borowski

En su impresionante libro, traducido al inglés como *This way for the gas, Ladies and Gentlemen*, el escritor polaco Tadeus Borowski titula uno de sus cuentos *La muerte de Schillinger* (Borowski, 1967: 143-146).

Curiosamente, en los dos relatos con más ambición literaria los títulos invierten el género y la condición de víctima o verdugo de los personajes protagonistas: en el primero, como hemos visto, la bailarina; en el segundo, Schillinger, un miembro de las SS de Auschwitz.

Consecuentemente, con un verdugo como sujeto, la narración de Borowski no parte del transporte de víctimas, sino del campo de Birkenau en pleno funcionamiento. Comienza por explicarnos quién era Schillinger (en el relato, iniciado en tercera persona, era «*Lagerführer* o jefe al mando del trabajo en el sector D de Birkenau»), cómo era («brutal y además no se dejaba sobornar por las riquezas de los aristócratas»), sus hábitos (recorría el campo en bicicleta, siempre vigilante), sus aficio-

nes (visitar el crematorio cuando llegaban transportes) y con qué otros SS se relacionaba («su nombre se ligaba a los de Palitsch, Krankenmann³ y muchos otros asesinos de Auschwitz que presumían de haber logrado matar, ya fuese con el puño, la porra o el revólver, al menos, a diez mil personas cada uno»).

Una vez que sabemos de quién se trata, el narrador, en primera persona, se hace eco de la muerte de Schillinger, ocurrida en agosto de 1943 y de las diversas versiones que sobre ella circulaban por el campo («supuestamente verdaderas, pero contradictorias entre sí»), de las que el narrador se queda con la que le contó un *Sonderkommando* polaco. El relato reproduce el diálogo entre ambos. En primer lugar, el miembro de los *Sonderkommandos* le explica al narrador la atmósfera de nerviosismo que se vivía en el crematorio porque, como el transporte procedía de Bedzin en Polonia, los trabajadores tenían miedo de encontrarse con familiares y conocidos de su lugar natal. Schillinger había acudido al crematorio con la disculpa de ver al jefe de los SS:

Todo hubiese ido como una seda, si no fuese porque Schillinger se había encaprichado de una chica que tenía un tipazo impresionante. Supongo que para eso había venido a hablar con el Jefe. Así que se acercó a la mujer y le cogió la mano. Pero ella, desnuda, se agachó repentinamente, cogió un puñado de gravilla y se la tiró a la cara. Cuando Schillinger gritó de dolor y cogió su revólver, la mujer se lo arrebató y le disparó varias veces en el abdomen. Un alboroto salvaje se adueñó del lugar. La masa de cuerpos desnudos se giró hacia nosotros gritando. La mujer volvió a disparar, esta vez al jefe, hiriéndole en la cara. Entonces el jefe y los SS se marcharon, dejándonos solos. Pero, gracias a Dios, pudimos apañarnos. Les llevamos a la cámara, cerramos las puertas y llamamos a los SS para que echaran el Zyklon B. Después de todo, hemos tenido tiempo para adquirir cierta experiencia. —«Bien, sí, *ja*, naturalmente» (1967: 145).

Así que en la versión de Borowski ya no se trata de una bailarina, sino de una bellísima judía polaca. El final del relato queda impregnado de la habitual perspectiva sarcástica de Borowski cuando describe las últimas palabras del SS. Aquel que tantas muertes había provocado y que incluso iba de *voyeur* a presenciarlas, le pregunta a Dios algo habitual en todos los sufrientes ajenos a Auschwitz:

Schillinger yacía con la cara para abajo, apretando la tierra con sus dedos por el dolor. Sin hacerle caso lo metimos en una carreta. En el camino gritaba apretando los dientes: *O Gott, mein Gott, was hab' ich getan*,

3. Puede que se trate de la transcripción fonética del apellido de otro SS del campo, Quackernack, que en otras versiones, sobre todo la de Ph. Müller, también aparece en el relato.

dass ich so leiden muss?, que quiere decir: «Oh Dios, Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer tal sufrimiento?».

Analistas-memorialistas: sin saberse de qué campo

Versión de Bruno Bettelheim-Eugen Kogon

Bettelheim, uno de los primeros en publicar la experiencia de su confinamiento, aunque no estrictamente como memoria, sino como argumento a favor de sus posiciones psicológicas, estuvo interno en Dachau entre 1937 y 1938. Su descripción es una versión compacta de la tesis que considera que la conducta individual no sólo importaba, sino que era la variable fundamental para sobrevivir: el individuo reaccionaba adecuadamente ante las adversidades, cuando era capaz de «elegir su propia actitud en cualquier circunstancia» (1973: 146). Ilustra su tesis con ejemplos de las escasas ocasiones en que los reclusos opusieron resistencia o lucharon para no ir a la muerte «como corderos al matadero»⁴.

Como se sabe, en los últimos tiempos de Auschwitz⁵, varios integrantes de los *Sonderkommandos*, ayudados por la resistencia y por las mujeres de la fábrica de municiones, lograron rebelarse y destruir el Crematorio IV. Bettelheim, al analizar la revuelta de los *Sonderkommandos* (1973: 238-239) como un caso opuesto al de los millones de hombres y mujeres que murieron sin oponer resistencia, y que, según sus palabras, «marcharon mansamente hacia la muerte», se refiere al caso de la bailarina a quien Kogon, su base documental, le había dado nacionalidad italiana:

Otro raro ejemplo de suprema afirmación, quizá pueda aclarar esta cuestión. En una ocasión un grupo de prisioneros desnudos, a punto de entrar en la cámara de gas, permanecía alineado frente a ella. El oficial que mandaba a los SS se enteró de algún modo de que una de las prisioneras había sido bailarina, y le ordenó que danzara. Ella obedeció, pero mientras bailaba se acercó al oficial, tomó su arma y le disparó. La mujer también murió asesinada de inmediato a tiros.

Es probable que, a pesar del grotesco ambiente en que bailó, danzar la convirtiera de nuevo en persona. Al danzar, al pedirle que actuara en lo que una vez había elegido como vocación, la distinguieron como

4. Frente a las elaboraciones posteriores sobre la resistencia heroica, sería conveniente notar que, incluso fuera de los campos, las rebeliones de civiles en países ocupados por la Alemania nazi fueron escasas, esporádicas y empezaron a tener relevancia cuando la marea de la guerra se volvió contra Alemania. Casos como el de la rebelión de Varsovia, ocurrieron cuando era demasiado tarde para los millones de personas que ya habían muerto.

5. Véase al final del libro el Apéndice I.

- Häftlingsschreibstube* (al.): Secretariado de prisioneros.
- Halt deine Schnauze!* (al.): ¡Cállate!
- HWL (Hauptwirtschaftslager)* (al.): Antiguo término para *TWL Truppenwirtschaftslager*. Almacén de abastecimiento de las tropas.
- Hygieneinstitut* (al.): Instituto de higiene.
- Interessengebiet* (al.): Área cerrada alrededor del complejo de Auschwitz, que ocupaba aproximadamente cuarenta kilómetros cuadrados.
- Jude* (al.): Judío.
- Judengasse* (al.): Gueto.
- Judenrein* (al.): Zona sin judíos.
- Jüdische Gemeinde* (al.): Comunidad judía.
- Kalefaktor* (del lat. *calefactor*): Limpiador, calentador. En el campo significaba el cargo de «ordenanza» de un prisionero funcionario.
- Kanada* (jerga del campo): Parte del campo donde se localizaban los almacenes con los bienes confiscados. Por extensión, los prisioneros encargados de clasificar las pertenencias de los judíos que llegaban.
- Kapelusz* (pol.): Sombrero.
- Karpele* (yid.): Término empleado para referirse a la sopa del campo en Birkenau.
- Kapo* (jerga del campo): Prisionero jefe y responsable de un comando de trabajo. Si era un grupo muy numeroso el cargo se denominaba *Oberkapo*, mientras que el de un grupo pequeño era un *Vorarbeiter*. Siempre se trataba de prisioneros funcionarios.
- Kartei* (al.): Tarjeta de fichero.
- Kashern* (yid.): Verbo que significa el proceso de proporcionar comida y utensilios *kosher* de acuerdo con el ritual judío.
- Kassiber* (hebr.): Comunicación clandestina entre prisioneros, o cartas pasadas de contrabando dentro o fuera del campo.
- KB (Krankenbau)* (al.): Enfermería.
- Kennkarte* (al.): Tarjeta de identificación.
- KL o KZ (Konzentrationslager)* (al.): Campo de concentración.
- Klepsi* (gr.): Robar.
- Kochanyi* (pol.): Novio.
- Kogel Mogel* (jerga del campo): Mezcla de comida.
- Koje, Coja, Koys* (al.): Literas de tres pisos donde dormían los prisioneros.
- Kommandantur* (al.): Edificios y oficinas de la Comandancia.
- Kommando* (al.): Pelotón de trabajo. Muchos tenían un nombre descriptivo de sus actividades, como, por ejemplo, *Aufnahmekommando* o de admisión, encargado de registrar y tatuar a los nuevos prisioneros; el *Elektrischer*, de los electricistas, el *Scheisse* (lit. mierda) que limpiaba las letrinas, etc.
- Kommandoführer* (al.): SS encargado de un *Kommando*.
- Kommandoruf* (al.): Orden, mandato.
- KPD (Kommunistische Partei Deutschland)* (al.): Partido Comunista Alemán.
- Kriegswichtiges Unternehmen* (al.): Empresa importante para el esfuerzo bélico.
- Kristallnacht* (al.): La noche de los cristales rotos, el pogromo de noviembre de 1938.
- Lager* (al.): Campo, campo de concentración. Véase KL y KZ.

- Lagerältester* (al.): Decano del campo, la más alta posición que un detenido podía ocupar en el campo.
- Lagerführer/in* (al.): Oficial subalterno o suboficial SS ejerciendo la función de jefe del campo.
- Lagerkleidung* (al.): Ropa de prisionero, uniforme a rayas.
- Lagerkommandant* (al.): Comandante del campo.
- Lagerstrasse* (al.): Calle central del campo.
- Läufer* (al.): Un mensajero o un recadero. En la jerga germano-polaca su forma femenina se transformó en *lauferka*, singular o *lauferki* para el plural.
- Lauskontrolle* (al.): Control de piojos.
- Lazarett* (al.): Hospital militar.
- Lebensraum* (al.): Espacio vital: políticas que guiaban la expansión nazi hacia el este.
- Leichenkommando* (al.): Pelotón de trabajo encargado de clasificar los cadáveres.
- Los, los* (al.): Rápido, de prisa.
- Maquis* (fr.): Movimiento de resistencia francés durante la Segunda Guerra Mundial.
- Mexico* (jerga del campo): Se denominaba así a una sección nunca terminada de Birkenau. El nombre se originó en la primavera del 44 cuando las autoridades instalaron allí a algunos prisioneros recién llegados quienes, envueltos en mantas, daban la impresión de ser indios mexicanos.
- Mischling* (al.): Descendiente de judío y gentil.
- Mishpoche* (yid. del hebr. *Mishpaha*): Parientes.
- Miska* (rus.): Rancho.
- Muselmann(er)* (al., jerga del campo): Literalmente, musulmán. Detenido cuya condición física se ha deteriorado fatalmente y que ha perdido el interés o el deseo de vivir. Funcionaba como una especie de anti-modelo. «Musulmán» era lo que ningún prisionero deseaba llegar a ser.
- Mütze* (al.): Gorro. Cuando un prisionero se cruzaba con un SS tenía que descubrirse (*Mütze ab*) y volverse a cubrir (*Mütze auf*) so pena de sufrir castigos. Se trata una vez más de una práctica cuartelaria que también era obligatoria mientras pasaban lista.
- Nacht und Nebel* o N. N. (al.): Noche y niebla. Código que utilizaron los dirigentes nazis para designar una categoría de deportados que debía desaparecer sin dejar trazas.
- Nähstube* (al.): Sala de costura.
- NSDAP* (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*): Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, fundado por Hitler.
- Leyes de Núremberg*: En septiembre de 1935, Hitler promulgó medidas discriminatorias contra todos los judíos alemanes en el congreso anual del partido celebrado en Núremberg.
- Nummernbuch* (al.): Libro de contabilidad de prisioneros según el número que les habían adjudicado o tatuado a su llegada a Auschwitz.
- Oberaufseherin* (al.): Jefa SS.
- Ordnungsdienst* (al.): Prisioneros privilegiados de los transportes eslovacos.
- Organisieren* (al., jerga del campo): Obtención de alguna cosa o cosas con prácticas astutas.

- Ostjuden* (al.): Judíos de los países del Este de Europa.
- Papirosy* (pol.): Cigarrillos.
- Personalkartei* (al.): Ficheros de prisioneros por nombre.
- Pfleger/in* (al.): Enfermero/a o auxiliar de enfermería. Era el cargo que podían alcanzar los prisioneros que eran médicos.
- Pflegestube* (al.): Enfermería.
- Pipel* (jerga del campo): Joven prisionero que realizaba varios servicios —incluidos en algunos casos favores sexuales— a los *Kapos*, veteranos o a otros prisioneros-funcionarios del campo.
- Politische Abteilung* (al.): Sección política del campo. Realizaba interrogatorios, torturas y en ocasiones ejecutaba.
- Posten* (al.): Centinela SS.
- Postenkette* (al.): Cadena de centinelas. En Auschwitz había dos, una *kleine* (pequeña) y otra *grosse* (grande).
- Primus*: Pequeña cocina de petróleo portátil.
- Proeminenten* (al.): La aristocracia de los prisioneros, los que ocupaban las más altas jerarquías por rango o por «organización».
- Quarantänelager* (al.): Campo donde alojaban a los prisioneros recién llegados. Mientras estaban en la cuarentena no trabajaban, pero tenían que cumplir todas las obligaciones de los prisioneros.
- Rampe* (al.): Rampa. Plataforma en Auschwitz donde llegaban los judíos y se realizaba la selección para la cámara de gas.
- Rapportführer* (al.): SS, jerárquicamente por debajo del *Schutzhaftlagerführer* y encargado de todos los *Blockführer* (jefes de barracón).
- Rapportschreiber/in* (al.): Prisionero ayudante del *Rapportführer* en tareas administrativas.
- Raus! Raus!* (al.): ¡Fuera!
- Registratur* (al.): Oficina de registro.
- Revier* (al., jerga del campo): Enfermería.
- Revierälteste/r* (al.): Enfermo veterano.
- Rotkäppchen* (alemán, jerga interna): Mujeres prisioneras que trabajaban en el *Kommando Kanada* y usaban un pañuelo de cabeza rojo.
- RSHA (Reichssicherheitshauptamt)* (al.): Servicios centrales de la Seguridad del Reich, organizado en 1939 y dirigido en primer lugar por Heydrich y más tarde por Kaltenbrunner.
- Rusznikarnia* (pol.): Arsenal de armas.
- SA (Sturmabteilung)* (al.): Tropas de asalto. Rivalas de las SS.
- Sammellager* (al.): Campo donde reunían a los judíos que iban a ser deportados.
- Sammelplatz* (al.): Plaza que servía de punto de reunión para las deportaciones.
- Saujuden* (al.): Cerdos judíos.
- Sauna* (jerga): En Birkenau, pabellones con duchas para los prisioneros.
- SB (Sonderbehandlung)* (al.): Exterminación de judíos.
- Schnell, schnell!* (al.): ¡Rápido, aprisa!
- Schreibstube* (al.): Oficina. La palabra alemana *Schreiber* que designaba al prisionero que trabajaba en las oficinas se convirtió en la jerga casi polaca del campo en *schreiberka*.